

EL PERIODICO PARA TODOS

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



Las dos jóvenes permanecieron junto á ella, sentadas á sus pies.... (pág. 67).

SUMARIO.

Taxto.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. —Consideraciones sobre la edad antigua de la Historia, por don Nicolás Salmerón. —Honor de esposa y corazón de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. —Sección de América. —Con dinero y sin dinero, por don Ramon Ortega y Frias. —El castillo de las Siete torres en Constantinopla, por doña Robustiana Armiño de Cuesta. —Ischia, en el golfo de Nápoles, por doña Robustiana Armiño de Cuesta. —Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tárrega y Mateos. —Casas del mundo, soneto por don F. Flores y García. —El Refugio, por doña Robustiana Armiño de Cuesta. —Historia de la insurrección carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias. —Causas célebres. —Sección festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal. —Con dinero. —Sin dinero. —Recepción del 30 de Mayo con motivo del cumpleaños de don Amadeo I, rey de España.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTÓRICA

POR D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

CAPÍTULO V.

Cómo encontraron nuestros personajes un escondite ignorado y seguro.

—¿Quién va?—dijo desfigurando su voz, cambiándola completamente como cuando estaba encubierto con su antifaz y su túnica de peregrino el infante.

—Soy yo, señor, y no hay cuidado alguno.—respondió desde afuera Lope Lopez, escudero del infante;—vuestra merced puede abrir sin cuidado.

El infante abrió.

Acaban de llegar.—dijo,—tres personas encubiertas. El hostelero me ha llamado.

—¿Sois vos, —me dijo,—el señor Artal? Ya sabéis, señor, que este es mi nombre supuesto; por lo que pudiera convenir, conteste afirmativamente al hostelero.

—Pues os buscan, —me dijo.

—¿Y quien?—le preguntó.

—Tres penitentes nazarenos; y es muy natural que á los peregrinos los busquen penitentes; y habeis de saber que uno de ellos no es penitente, sino penitenta, y ¡vive Dios! que á lo que se puede sacar acerca de ella, á pesar de su túnica, debe ser hermosa. En fin, señor, para abreviar, porque esperan, yo salí al patio y me encontré con dos hombres y una mujer cubiertos con capuchas y túnicas moradas de penitentes, que llevan por divisa la corona de espinas y la caña de Nuestro Señor Jesucristo bordada en las esclavinas.

—¡Ah!—exclamó el infante.

—Sí, si señor, esto era ya una seña; además de esto, cuando el hostelero se hubo alejado, uno de aquellos hombres me dijo acercándose á mí y en voz muy baja:

—¿Aragon y venganza!

—¿Y por qué los has detenido ni un momento?—exclamó el infante.

—Yo he tenido siempre en cuenta, señor,—respondió Lope Lopez,—que la prudencia, por mucha que sea, no daña.

—Ve, vé y que no esperen más.

Lope Lopez salió.

—¡Ellos! ¡deben ser ellos!—exclamó el infante,—nuestro pobre hermano don Jaime.

—Y Gome-Gomis y su hija, sin duda,—dijo don Lotario.

Y luego añadió para sí:

—Muy junto anda siempre de Maria el señor rey don Jaime.

—Me parece,—exclamó el rudo Ferran Ferrandez, que, como hemos visto, habia tomado muy poca parte en la conversacion,—que el señor rey don Jaime, impaciente é imprudente siempre, no se ha curado y continúa en sus inordinaciones.

—¿Y cuándo no ha sido imprudente é impaciente la desgracia?—exclamó la reina doña Leonor.

Doña Maria Ben-Ismael miraba con insistencia á la puerta y con un vivísimo interés; y no era porque en la puerta permaneciera inmóvil el infante don Fernando, al que como ya hemos visto amaba, sino porque habia oído decir al abad de San Pablo que uno de los que venian era la villana Maria Gomis, por la que se habia interesado vivamente.

Sentia además una viva curiosidad por conocer á aquel desdichado rey de Mallorca, de quien tanto habia oído hablar.

Se oyó rumor de pasos en el corredor, y poco despues entró un penitente tal como los habia descrito Lope Lopez, con una túnica morada ceñida por una cuerda de esparto y moradas tambien la capucha y la esclavina, en la cual se veian bordadas en rojo la corona de espinas y el cetro de caña del Redentor.

Aquel penitente se detuvo un momento al ver al infante, y luego se arrojó en sus brazos.

—¡Ah, mi buen hermano!—exclamó.

Al mismo tiempo entraron otros dos penitentes.

Un hombre y una mujer.

Ella era alta, excesivamente gallarda, dejando adivinar bajo su túnica unas admirables formas.

El era de mediana estatura, fornido y excesivamente rudo, lo que se notaba en su actitud.

Lope Lopez habia quedado como cubriendo la puerta y como guardándola.

El que se habia arrojado en los brazos del infante don Fernando, permaneció un momento en ellos, y luego se lanzó hacia la reina doña Leonor, que se acercaba.

El uno cayó en los brazos del otro.

—¡Hijo mio!

—¡Madre mia!

Se oyó decir á un tiempo.

El infante don Fernando se volvió entre tanto á la puerta, y dijo á Lope Lopez:

—Vigila ahora con más cuidado que ántes.

Lope Lopez se retiró, y el infante cerró la puerta y corrió el tapiz.

El penitente y la reina viuda permanecieron abrazados durante un momento.

Luego la reina echó abajo la capucha de la cabeza del penitente, y apareció un joven como de veintiocho años, hermoso, pero de macrado, pálido y triste.

—¡Oh, hijo mio, hijo mio,—exclamó la reina,—y cómo te encuentro!

Todos los personajes de esta escena formaban un grupo lleno de interés y de ansiedad alrededor del rey de Mallorca.

—¡Ah! Dios me prueba, Dios nos prueba á todos,—dijo el rey;—pero confío en Dios que vuestras desgracias, que las mías, no habrán llegado á un punto sin remedio, y que unidos nuestros esfuerzos triunfaremos al fin. Permitidme ahora, madre mia; descubrid, mis amigos; aquí nadie nos ve, nadie nos oye.

Y el rey entre tanto se despojaba de su túnica y quedaba con un camisote de mallas, unas calzas de ante y unos boreguies rudos, á propósito para no hacer sospechar nada cuando se le viesen bajo su túnica de penitente, unos boreguies de hombre común: tenía la cabeza cubierta con un capacete redondo, pero fuerte y redoblado, y ceñía una espada corta y ancha, y un puñal pequeño y agudo.

Los otros dos, esto es, Gome-Gomis y su hija, se habian quitado tambien sus capuces y sus túnicas.

La hermosura de Maria era acentuada, energética; pero inconcebible, admirable.

Su cabeza, por su posición y por su corte, era altiva y majestuosa.

Pero la grande armonía de los rasgos de su semblante, la expresión densa, dulce é inteligente de sus grandes ojos negros, y la indicación de melancólica sonrisa que vagaba en su deliciosa boca, dulcificaban aquella majestad ruda, en que se unían la gran belleza y ese tinte que dan el aire y el sol recibidos libremente, y la expresión que imprimen las duras faenas del campo, y la franqueza del trato de las gentes del pueblo; todo esto, dentro de un marcadísimo tipo aragonés, con unas formas fuertes y á la par esbeltas, á la par dulces, puras, morbidas, que alcanzaban una infinita fuerza de voluptuosidad.

Era densamente morena, pero con un moreno limpio, sonrosado, que reemplazado con ventaja podía confundirse con una blancura nítida.

Era una de esas encarnaciones que no se pueden describir.

Y para completar lo maravilloso del efecto de aquella criatura alta, esbelta, magnífica, bella, incitante, majestuosa, graciosa, ruda y primitiva y dulce y delicada á la par, la Naturaleza habia coronado su cabeza con una cabellera sedosa, rizada, opulenta y negra, negrísima hasta producir tornasoles, que se agrupaba de una manera admirable sobre su frente, y cayendo á los dos lados de su semblante y de su garganta en dos largas trenzas, unía sus puntas en un pequeño joyel de oro, tocando casi la orla del manto.

Maria llevaba sobre los cabellos una pequeña toca blanca; grandes arracadas moriscas cubrían sus hombros y el nacimiento de su seno; con una finísima camisa cerrada en puño en la garganta, y sobre esta camisa caía en muchas y amplias vueltas un collar de gruesas perlas, del que pendía un relicario, en que aparecía rudamente esmaltada, como se esmaltaba en aquellos tiempos, una imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, patrona inseparable de toda aragonesa; un corpiño-justillo de brocatel ceñía sus hombros, sus brazos y su talle, y su manto de paño negro veinticuatro de Segovia, franjeado de oro, descendía desde su cintura hasta la mitad de sus piernas, dejando ver por detras una saya de rico paño de púrpura, franjeada tambien de oro; las medias eran rojas tambien, y de cuero de Córdoba los pequeños y preciosos zapatos.

La princesa del mercado, y la llamamos princesa porque su padre era verdaderamente el que el mercado reconocía por rey; la reina si queremos, porque ella dominaba á su padre, habia obedecido á ese impulso de coquetería sin el cual una mujer no seria nunca bastante bella; y sabiendo que iba á visitar á una reina de hecho, á una altísima dama, habia sacado para presentarse á ella el fondo del arca.

Se habia ataviado con el mejor traje de las grandes fiestas.

Es decir, con el traje de ceremonia.

Estaba hermosísima, y resplandecía de lujo y de riqueza.

Gome-Gomis era uno de aquellos villanos cuyo padre y cuyos abuelos habian sido ricos, que habian aumentado por medio del trabajo y de los negocios su patrimonio, y que para ser ricos hombres no les faltaban más que los pergaminos de la alta nobleza, puesto que con mucha frecuencia se veía á estos villanos levantar gente á sueldo, mantenerla en campaña y llegar á la ricahombría por merced del rey á quien habian servido.

Este ha sido el origen de las grandezas legítimas con arreglo á la manera de ser de los pueblos de la Edad Media, el ennoblecimiento

por la sangre y por la victoria, por las grandes hazañas en servicio del rey y de la patria.

Y Gome-Gomis tenía en su aspecto, en su manera algo de esto, á pesar de lo rudo, de lo sencillo, aun de lo burdo de su traje, que consistía en un casquete de piel sobre las revueltas guedejas de sus cabellos entrecanos, un sayo oscuro ceñido por un cinturón de piel cruda en que se sujetaba un largo puñal, y del que pendía un hacha de armas corta y de astil de hierro, de unas calzas azules de lana, y de unos gruesos zapatos.

A pesar de lo cuadrado y semisalvaje de su semblante, de sus miembros hercúleos, de sus manos robustas, anchas, fuertes, que parecían destinadas á manejar como un juguete la pesada hacha de armas que pendía de su cintura, había en él lo que puede llamarse posesión de sí mismo, la conciencia de su riqueza, el conocimiento de su grande influencia como jefe reconocido de los bravos vendedores del Mercado de Zaragoza, y al mismo tiempo su orgullo, su vanidad de padre por su hermosísima hija.

El sabía lo que podía y lo que valía, y esto daba á su mirada, á su expresión, á su actitud una majestad *sui generis*.

Dada la posición y la influencia de Gome-Gomis, dicho se está que poseía el ciego valor del toro y su incontrastable fuerza.

—Aquí tenéis,—dijo el rey de Mallorca,—dos de mis mayores amigos: Gome-Gomis y su hija Maria, el rey y la reina del pueblo de Zaragoza, ántes que ese miserable don Pedro, nuestro verdugo.

—Y en fin, señora,—dijo Gome-Gomis,—vuestra señoría no nos conoce ni á mi hija ni á mí; nosotros estamos perdidos entre todos como un pedazo de paja en un montón de paja, pero yo conozco desde hace mucho tiempo á vuestra señoría.

Aun no había nacido mi rapaza; era yo casi un muchacho, cuando vuestra señoría se casó con el señor rey, de buena memoria, don Alfonso.

Ya ve vuestra señoría; mi hija cumplirá por la Trinidad diez y siete años, y el señor infante don Fernando, vuestro primogenito, cuenta ya hora por hora, día por día y año por año, veinticuatro.

Me acuerdo del día del bautizo de su merced; yo le llevaba la cola á mi padre, que era el hermano mayor del gremio de labradores de Zaragoza, y hermano mayor de la cofradía del Santísimo Cristo de la Seo, y yo no sé cuántas más que era mi padre, que podía el solo y sin que nadie se ofenda, más que todos los barones y ricos-hombres de Aragón, y á veces más que el rey, con perdón sea dicho, señora.

Porque cuando mi padre se encogía, se encorvaba, le relucían los ojos, le temblaba la boca, blandía su hacha y gritaba: «¡Contra fiero, Aragón y libertad!» mire vuestra señoría, que aunque estuviese solo las piedras se levantaban, y de debajo de ellas salían hombres armados, á los que tanto les daba vivir como morir.

Pues bien, señora, yo conozco á vuestra señoría, yo sé lo que vuestra señoría vale, yo conozco todas las desgracias de vuestra señoría y me he embravecido por ellas.

Oid, señora; hace un mes, vengaba yo alrededor de mi hacienda; con estas guerras que desdichadamente ha metido el rey á Aragón por su provecho y su soberbia, no por el bien ni por la honra del reino, los aventureros hierven.

Quien dice aventurero dice picaro, y yo tengo un tesoro que guardar, señora, mi hija, mi hija, que despues de la Virgen del Pilar es lo que más quiero en este mundo.

Pues bien, señora; unos caballeros aventureros, franceses y picardos á lo que yo

creo, que andan siempre á la cola del rey don Pedro y que todos juntos no sirven para que yo me divierta cinco minutos, habían dado en rondar mi hacienda, y mucho me engaño si no iban de parte del rey, que para ruines servicios son más á propósito que para hazañas estos tales.

Yo había reparado en sus rondaduras.

Se me había llenado el ojo de carne, y créame vuestra señoría, que yo andaba de acá para allá como un lobo hambriento deseando que Dios me deparase uno ó veinte de ellos para aplastarles el cráneo, cuando oí á lo lejos, muy á lo lejos, á causa del silencio de la noche, ruido de voces y estruendo de armas.

Me lancé á la ribera para oír mejor, porque el agua trae muy bien los ruidos; y á poco, viniendo del río, escuché cerca de mí las voces con que pedía socorro un hombre que se ahogaba.

Le alenté, arrojé el hacha y me tiré al agua.

Saque á mi hombre y le llevé sin sentido á mi cabaña.

Apenas le vi, reconocí en él al señor rey de Mallorca aquí presente.

En fin, el reverendo padre Lotario debe haber contado á vuestra señoría lo que por lo mismo no hay necesidad de que yo repita.

Pero si el padre Lotario no lo ha dicho, yo lo digo ahora.

Mi hacienda y mi vida, todo lo que tengo, señora, menos mi hija, es de vuestra señoría, del señor infante don Fernando y del señor rey de Mallorca.

Y no hay que perder la esperanza, que todavía estoy yo de pie sobre la tierra, y todavía mi voz se oye, y todavía tiene fuerza mi brazo, y perdóneme vuestra señoría si he hablado tanto, porque necesario es decir lo que se siente, y ya sabe vuestra señoría que los aragoneses no podemos sufrir sin echarlo fuera lo que tenemos encima del corazón, y que si decimos algo que no suene bien, no hay que echarlo á mala parte, sino á inadvertencia y franqueza, y es necesario perdonárnoslo, porque nosotros hablamos siempre con la lealtad en el corazón, y si no, no.

La reina, que había escuchado con admiración y conmovida al buen pechero; la reina, que se había sentido poderosamente atraída por Maria Gomis, fue acreciendo en su conmoción, y al fin, por única respuesta al original discurso de Gome-Gomis rompió á llorar.

Era la mejor contestación que podía darse á las palabras del buen aragonés.

Doña Leonor había oído por su boca á todo el pueblo de Aragon.

De tal manera le representaba naturalmente Gome-Gomis.

Las lágrimas de la reina eran á un tiempo de dolor, de alegría, de consuelo, de esperanza, de agradecimiento.

Sentía palpitante entre sus manos el corazón de los bravos de Aragon.

Todos estaban conmovidos, impresionados por el rudo, sencillo y bravo discurso de Gome-Gomis.

Aquello era solemne.

Maria Gomis, franca y enérgica como su padre, toda corazón como él, no pudo contenerse.

Para ella desapareció la distancia gerárquica que la separaba de la reina doña Leonor.

No vió más que una viuda sin amparo.

Una reina robada, perseguida, amenazada.

Una pro-crita.

Una madre que temblaba por sus hijos.

Una desgracia inmensa, en fin.

Salvó todas las distancias, impulsada por su corazón.

Se lanzó sobre la reina, que vacilaba.

La estrechó entre sus brazos y la dijo al oído:

—Esperadlo todo, señora; yo os salvaré.

Y al mismo tiempo otra hechicera cabeza, la de doña Maria Ben-Ismael, se agrupó á las otras dos cabezas.

Los brazos de la infanta árabe abarcaron en un mismo abrazo á la hermosa viuda desconsolada, á la hermosísima villana llena de valor y de vida.

Y como si hubiesen oído las palabras que ésta había dicho á la reina, exclamó:

—Y si vos no bastáis, yo os ayudaré.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó la reina separándose dulcemente de las dos jóvenes:—yo no puedo más: esto es demasiado; Dios tiene al fin compasión de nosotros.

Y no pudiendo resistir su conmoción y su alegría, se dejó caer sobre un sillón.

Las dos jóvenes permanecieron junto á ella, sentadas á sus pies en el escabel del sillón.

Por un movimiento igual, simultáneo, inspirado por la situación, cada una de ellas asía una mano de la reina y se unían entre si asidas por la otra mano.

—Todo esto está muy bien,—dijo el severo Ferran Ferrandez,—pero es necesario saber á qué atenernos: vos fray Lotario, nos habeis enviado correos á Tolosa, y hemos venido arrojándolo todo. Sabemos que la reina de Mallorca está en poder de ese monstruo; tenemos aquí salvado por milagro, y no bien curado aun de sus heridas, al rey don Jaime: sabemos que este buen hombre y su buena hija, rey y reina del Mercado de Zaragoza, ricos y valientes, están dispuestos á protegernos, á ayudarnos, á sublevar el común de la ciudad y de los campos circunvecinos: sabemos que podemos contar con muchos ricos-hombres y con la mayor parte del brazo eclesiástico; pero estamos aun muy á los principios y ya damos con las imprudencias. El rey don Pedro cuando duerme, duerme con un ojo abierto, tiene en reposo la mitad del espíritu y del cuerpo, y en vigilancia la otra mitad: está rodeado de hombres bajos y astutos, y por medio de ellos lo ve y lo oye todo. ¿Sabemos acaso si en estos momentos estamos cercados y vendidos? Lo que ante todo importa es asegurarnos.

—Pues eso digo yo, caballero,—exclamó Gome-Gomis:—y no á otra cosa somos venidos aquí con el señor rey de Mallorca mi hija y yo: una hospedería no es el lugar más á propósito para conspirar contra un rey tan astuto, contra un tirano tan resuelto á todo como el rey nuestro señor. No creo que estemos aun en peligro, pero no hay que descuidarse; quien sabe lo que se oculta bajo las esclavinas de los peregrinos que vienen de todas partes, de todas las naciones, y muchas veces son asesinos escapados ó bandidos. ¿Pues quien no sabe que donde más pronto se encuentra al diablo es detrás de la cruz? ¿Quién sabe si ese mismo raton mezquino de hostelero ha ido ya á avisar ó ha hecho avisar á alguno de los malvados servidores del rey? Pero no importa: todavía no estamos en peligro: yo no me he venido, como quien dice, con las manos vacías á la boda: en el Coso, acá y allá, ocultos en los soportales, hay cien buenos mozos capaces de sacarnos sanos y salvos y en hombros de Zaragoza, á traves de sus murallas si necesario fuese. ¿Sus, pues! A mí me parece, salvo que me engañe, que lo que hay que hacer es encargarse hábitos y túnicas, llamar al hostelero, pagarle la cuenta y salir de aquí, para que los que tienen que vivir ocultos lo sean en lugar seguro.

—¿Y cuál es ese lugar seguro?—dijo el siempre cauto Ferran Ferrandez.

—¡Por la Santísima Virgen del Pilar y por el valiente Apóstol San Jaime!—exclamó Gome-Gomis:—¿y qué lugar hay más seguro en Zaragoza que la plaza del Mercado? ¿Creeis, caballero, más fuerte que ella el castillo de la Aljafería? Si tal creéis, os engañáis. Allí los

almogavares guardan el rey con la ballesta armada: la plaza del Mercado está guardada por los vendedores: las ballestas, las picas, las hachas no parecen, no se ven, pero están á mano bajo las hortalizas, bajo las semillas ó entre las casas: aquel que duerme allá, no duerme; está atento: vos no vereis á nadie en la avenida del Mercado, y sin embargo, no entrará en el ni de día ni de noche un raton sin que se le sienta: que hay peligro, á una sola voz tendreis todo el mercado en armas, y de resultas encerrado en la Aljaferia y temblando el rey. ¡Ah! no, no; donde yo os llevare nada tendreis que temer; mientras que si permanecéis algun tiempo más aquí debereis temerlo todo. Por mi parte, yo empiezo por encajarme mi túnica y mi capucha.

—Dios os premie por vuestra lealtad y vuestro buen corazon, Gome-Gomis,—dijo el abad de San Pablo,—y me parece muy acertado lo que habeis dicho; encubrámonos, pues, y cuanto ántes fuera de aquí.

Como si hubieran sido una órden las palabras del abad de San Pablo, todos se pusieron, los unos sus esclavinas de peregrino, los otros sus túnicas de penitente.

Cuando todos estuvieron entunicados y encapuzados, el infante don Fernando fué á la puerta y la abrió.

Inmediatamente se le presentó Lope Lopez. —Que se encubra la gente,—dijo,—y que se disponga para marchar; haz que venga al momento el hostelero.

Lope Lopez se alejó.

Poco despues, el hostelero entraba todo receloso.

—¿Qué se os debe?—le dijo con la voz de incógnito, por decirlo así, el infante don Fernando.

Sorprendido el hostelero, no pudo contener un movimiento extraño.

—¡Ah!—dijo para sí Gome-Gomis, que estaba cerca y contemplaba al hostelero profundamente,—ya lo sabia yo; la denuncia ha sido ya; pues bien, si es necesario, que las hachas nos valgan.

—¿Me vais á dar el desconsuelo de abandonar mi casa, romeros nobilísimos?

—¿Qué se os debe?—repitió con más secatura y con más imperio que la vez anterior el infante.

—¡Ah, señor! no gran cosa; cuatro cruzados de oro y cinco libras.

El infante sacó cuatro monedas de oro y cinco pequeñas de plata y las dió al hostelero.

En seguida salieron, no sin que el hostelero diese muestras de una gran contrariedad.

Reorrieron el espacio que mediaba hasta el Coso, y muy pronto se perdieron á lo lejos.

Aún no habian pasado cinco minutos desde que habian salido, cuando se lanzó en la hosteleria un hombre á caballo y armado, al que seguian como cincuenta hombres de armas y doscientos almogavares.

Aquel hombre era el rey don Pedro.

Las avenidas estaban tomadas.

La manzana de casas á que correspondia la hosteria cercada á la redonda.

Cuando el rey supo que los misteriosos peregrinos que buscaba habian salido definitivamente de la hosteria, su furor no conoció limites.

Se inclinó sobre el caballo, y asíó por la garganta al misero hostelero, que acababa de darle parte temblando de lo que habia acontecido.

—Y bien, señor,—exclamó el hostelero con la voz ronca y difícil á causa de la presion de su garganta por la mano del rey,—no está perdido todo; yo he enviado detras de ellos á uno de mis más despiertos domésticos y se sabrá dónde han ido á parar.

El rey soltó al hostelero.

Echó pie á tierra.

Se hizo conducir á los aposentos que habian ocupado los sospechosos peregrinos, y registro avidamente aquellos aposentos por ver si encontraba algo olvidado que le sirviese de indicio.

Un hombre pálido, siniestro, sombrío; un caballero, un magnate, á juzgar por su aspecto y por sus armas, habia seguido al rey.

Aquel magnate era don Pedro de Egerica, señor de Valencia.

El rey esperó hasta el amanecer á que volviese el criado que habia sido expedido en observacion de los peregrinos por el hostelero.

No volvió.

Pero llegó la noticia de que en un callejon del muro, cerca de la basilica de la Virgen del Pilar, se habia encontrado el cadáver de aquel espion, partido el cráneo por un corte de hacha.

Los peregrinos se habian perdido definitivamente, y el rey se volvió rugiendo de coraje á la Aljaferia.

(Se continuará.)

CONSIDERACIONES

SOBRE LA EDAD ANTIGUA DE LA HISTORIA.

La historia tiende á realizar la unidad humana y á consagrar la personalidad con todos los derechos necesarios para el cumplimiento de su destino.

La antigüedad sólo concibió aquella bajo la forma de una monarquia universal, y ésta bajo el aspecto exterior de la ciudadanía.

Con error se ha repetido que el Oriente, cuna de la civilizaci6n, quedó inmóvil, encorvado bajo la teocracia, ó encadenado bajo el despotismo.

Cierto es que no habiéndose fijado aún las libres relaciones entre hombres y pueblos, son ménos notables y rápidos los progresos humanos; pero no por eso dejan de verificarse.

Las teocracias sirven, primero, para unir á los hombres bajo comunes creencias; y en medio del aislamiento que caracteriza á estos primitivos pueblos y tiempos de la historia humana, la religion es el fundamento de la religion.

El brahmanismo y el mazdeismo, naciendo de un tronco comun (arios), presentan diferencias esenciales; aquél conduce con el panteismo á la servidumbre de la Naturaleza, á la inaccion y á la division de castas, único medio de comenzar á cumplir los fines humanos; éste reivindica desde su origen el poder sobre la Naturaleza y mantiene la personalidad del hombre, preparando así, á riesgo de caer en el dualismo, el reinado de la libertad.

Bajo aquél se cultiva en la India el pensamiento: la filosofia y la literatura se inspiran en los dogmas, preparando el trascendental progreso que cumple el budhismo; bajo este los medos, y los persas despues, reúnen todos los pueblos del Oriente, excepto la China, que hace una vida aislada con tendencia positiva y práctica; y la India, que quedando alejada tambien de la corriente histórica, vegeta como aquélla durante siglos, porque ni el progreso ni la muerte se dan sin la comunicacion de las razas.

Los egipcios, cuya civilizaci6n procedia de la India, trasforman la teocracia haciendola más humana: las castas se convierten en clases; el poder militar lucha con el sacerdotal; se cultiva la ciencia bajo formas secretas, y acaso reinfuye en Oriente mediante los hebreos, y se comunica al Occidente por los griegos.

El mosaismo, atesorando la más pura y elevada idea monoteista, señala el más trascendental movimiento religioso de Oriente, que se determina históricamente en la unidad y en la igualdad humana.

El comercio, por otra parte, establecia co-

municaciones materiales entre los pueblos, que si nacian sólo del interés, no dejaban menos de servir al fin providencial, uniendo las razas por las necesidades reciprocas. Los fenicios plantearon tambien las condiciones de libertad é independencia que el comercio exigia, realizando un progreso importante en la organizaci6n social y política.

La guerra, poniendo en comunicaciones las ideas y las razas, prepara, mediante las conquistas de los imperios asirio y babilonio, la reunificaci6n de casi todos los elementos civilizadores del Oriente bajo la mano poderosa de los conquistadores persas: los grandes reyes esperaban que la Persia no tuviera otros limites que el cielo; pero su imperio fué una mera justaposici6n de pueblos.

El aislamiento de los orientales, el particularismo de la religion, el exclusivismo del fin humano que cada pueblo cumplia, la desigualdad social, en fin, imposibilitaban una verdadera union, cuya necesidad histórica sólo podia satisfacerse por el medio externo del despotismo; pero fundado éste en la injusticia y sostenido por la opresion, era continuamente agitado por sublevaciones interiores que no le permitian duradera existencia.

Grecia es el país en donde impera la variedad.

Con todo el vigor de su adolescencia, la humanidad se emancipa del panteismo religioso y social del Oriente; se capacita, mediante la ciencia, para reconocer su naturaleza y estimar su personalidad; se impone á la Naturaleza por el arte, y no halla forma más digna de los dioses que la de la eterna juventud humana.

La ciudad, elemento desconocido en el Oriente, resume todo el progreso de la Grecia: el hombre es reconocido en el ciudadano, la casta es sustituida por la esclavitud que se hace de entre los bárbaros (extranjeros); los beneficios de la república sólo pertenecen á los helenos.

Este espíritu de exclusion, que nunca les permitió asociar á los bárbaros á los derechos del vencedor; la rivalidad entre las ciudades y las facciones de la aristocracia y del pueblo, que se hacian una guerra de exterminio, constituian al lado de aquellos elementos de prosperidad y de grandeza los gérmenes de decadencia.

La filosofia y la poesia, presintiendo la unidad de Dios y de la humanidad, comenzaron á minar el naturalismo y el politeismo, y prepararon el Occidente á los nuevos destinos que debia cumplir bajo el cristianismo.

Las conquistas de Alejandro fueron precursoras de esta suprema relacion del Oriente y del Occidente.

Debía para esto realizarse la union de todos los pueblos bajo una sola organizaci6n política, y apareció Roma, que fundada en el mero hecho de una asociaci6n, bajo ciertos principios de derecho, consagra predominantemente su poderosa fuerza y prodigiosa habilidad á este fin humano, mediante el cual se unian los hombres en sociedad.

Con ella viene al mundo la idea del Estado, al cual somete todas las demás esferas de la vida: religion, arte, ciencia; en el resuelve primero la oposici6n interior de patricios y de plebeyos, y prepara con la conquista la unidad humana, que consagra, asimilándose las instituciones de los vencidos y concediéndoles la ciudadanía.

Para realizar esta obra, Roma debió ser aristocrática, porque sólo así pudo sostener una política invariable en sus relaciones con los demás pueblos.

La conquista, instrumento de dominaci6n y de lucro en manos del Senado, fué, en los designios providenciales, el medio de realizar la unidad. La ciencia y el arte, importados de Grecia, dejaron el carácter ideal para hacerse prácticos sirviendo á la guerra y al derecho, únicas profesiones del romano.

Cuando hubo terminado la conquista del mundo, comenzó Roma á refundir en un sintetismo universal todos los elementos de la civilización antigua: el Capitolio y el Panteón representaron la alianza definitiva de pueblos y de dioses.

Realizado el fin, el medio debía desaparecer: la paz y el imperio vinieron á sustituir á la guerra y á la república aristocrática; la unidad material, igualdad política, esto es, la consagración de la personalidad en el ciudadano, fueron establecidas.

Cumplida esta misión, Roma decae en el ocio y la corrupción, porque no tiene idea para organizar los pueblos que ha conquistado y darles una doctrina de vida.

El hombre material, la raza, se fué extinguiendo: el hombre moral no existía ya; para reemplazar á aquél vinieron los bárbaros; para regenerar á éste el cristianismo.

NICOLÁS SALMERON.

HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

—Los hombres pueden cometer ciertas locuras, que son perdonables á la juventud; pero cuando se trata del honor.....

—No he olvidado mis deberes.

—La historia empieza á ser triste.

—Demasiado,—dijo Querubin exhalando un suspiro.

—¿Has conseguido hablar con la hija del comendador?

—Con ayuda de la doncella he llegado á ser dueño de una llave de la puerta del jardín.

—¿Díantre!... Me parece que vais demasiado de prisa.

—Anoche entré como otras noches; pero el severo padre había sospechado sin duda, y acechaba.

—¿Hubo cuchilladas?

—El comendador salió del jardín con un par de pistolas y un criado.

—¿Cobarde!

—El criado me cortó la retirada; el caballero me siguió, y á los pocos minutos me encontré entre el par de pistolas y una pared completamente lisa.

—¿Y cómo saliste del apuro?

—Muy fácilmente,—dijo con sencillez Querubin.

—Pícas mi curiosidad.

—En las ramas de un árbol colgué mi capa, dejándola allí y alejándome. El bulto, en la oscuridad de la noche, engañó á don Pedro; disparó una de sus pistolas, cayó la capa y el criado acudió, dejándome libre la puerta.

—Vive el cielo!...

—Resonó un grito, que debió ser exhalado por Maria; lo que despues sucedió, no lo vi, pues ante todo pensé en alejarme; pero en la calle de San Bernardo me detuve y vi que el criado salía corriendo. Yo lo dejé en la plazuela de Santo Domingo, porque él tomó hacia la izquierda para acercarse á una ronda que hacia Santa Catalina se encaminaba. Supongo que al querer levantar el cadáver se habrán encontrado con mi raida capa, y por eso os dije que estaba entre las uñas de escribanos y corchetes.

No es posible pintar el entusiasmo del señor de Guevara.

El mancebo había referido el suceso con un tono de sencillez encantadora; pero esto precisamente daba doble valor á su ingeniosa travesura, haciendo resaltar más y más su audacia casi inconcebible.

Los padres se envanecen con todo lo que

engrandece y sublima á sus hijos, y así se explica el entusiasmo del señor de Guevara.

No era este padre de Querubin; pero lo amaba como padre, porque había hecho los mismos sacrificios que un padre pudiera hacer, y porque sin amigos ni parientes, el joven era su única afección, su única dicha.

Hasta entonces la conversacion había sido alegre; pero bi:n pronto debía tomar un carácter, si no triste, grave en demasia.

—Todo lo sabeis ya,—dijo Querubin despues de algunos minutos.

—¿Todo?—preguntó el hidalgo con tono de extrañeza.

—Nada os he ocultado.

—¿Acaso has creído que soy una de esas criaturas ligeras ó poco juiciosas que se contentan con lo que ven en la superficie?

—Hago justicia á vuestro buen juicio, lo mismo que á vuestros sentimientos.

—Entonces.....

—Si algo he olvidado.....

—Sí.

—Decídmelo, porque quiero que todo lo sepais.

—Precisamente ignoro lo de más importancia.

—No acierto.....

—Querubin, eres torpe por la primera vez en tu vida.

—Lo reconozco, padre mio.

—Quede en buen hora la capa entre las uñas de corchetes y escribanos, rabie el comendador y suspire su encantadora hija; pero.....

Interrumpióse el hidalgo, fijó una mirada penetrante y escudriñadora en el mancebo, y luego dijo:

—¿Y tu corazón?

Bajó Querubin los ojos sin articular una sílaba, y otra vez afluyó á su rostro la sangre.

—Quiero saber,—añadió el señor de Guevara,—hasta qué punto se ha interesado tu corazón; quiero saber si tu amor.....

—Mi amor, mi amor.....

—Sí, sí.

—¿Oh!... Sólo puede acabar con mi existencia.

Cambió repentinamente de expresión el rostro del hidalgo.

Su entrecejo se arrugó.

Bebió el vino que quedaba en la botella; pero no comió más, aunque no había tocado el queso.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil como una estatua.

En el semblante de Querubin se pintó la más viva inquietud.

El infeliz esperó con tanta impaciencia como miedo.

La verdad es que aunque su protector aprobaba aquellos amores, que podemos calificar de desdichados, la situación era para el joven mucho más grave de lo que el mismo había creído.

La juventud es poco juiciosa, y no era posible que el mancebo diese á su calaverada toda la importancia que en realidad tenía.

Ni siquiera se había ocupado en pensar cuáles serían las consecuencias.

Había sentido y se había dejado llevar de sus sentimientos.

Amaba, y nada más.

Estaba interesado su corazón, y el corazón no discurre.

La cabeza no le había servido más que en los momentos de apuro supremo para burlarse del comendador; pero una vez que el peligro había pasado, volvió Querubin á ser lo que siempre había sido, el joven de alma impetuosa y de corazón ardiente, que amaba y estaba resuelto á morir ántes que renunciar al objeto de su amor.

Cinco minutos pasaron, que fueron para el joven cinco siglos de agonía.

Por fin el hidalgo levantó la cabeza.

—Está bien,—dijo.

—Mi querido padre.....

—El asunto es delicado.

—Contra mi voluntad.....

—De todo ello resulta,—añadió el señor de Guevara siguiendo el curso de sus ideas como si no fuese interrumpido,—resulta que para que seas feliz es preciso, absolutamente preciso, que te cases con la hija del comendador.

Por toda respuesta exhaló Querubin un suspiro.

—Si estos negocios pudieran arreglarse á cuchilladas, yo me encargaría de hacerte feliz; pero es el caso que la espada no puede servir sino para lo que te sirvió á la puerta del templo de Santo Domingo el Real.

—Reconozco que mi dicha es imposible.

—Imposible no hay nada; pero hay cosas que son demasiado difíciles.

—Ninguna esperanza abrigo.

—El comendador es un noble de primera calidad, y además muy orgulloso.

—Ya lo sé.

—No es tan rico como algunos creen; pero si lo bastante para que la mano de su hija sea codiciada.

—Muchos la pretenden.

—Y entre ellos don Leandro de Sandoval, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Y por eso, al ver que un caballero como don Leandro, heredero de una gran fortuna y de un título de conde, hablaba con un infeliz sastre como el señor Policarpo.....

—Mi sorpresa era natural.

—Lo miraste como se mira al que quiere robarnos un tesoro.

—Es mi rival, y si se empeña será también..... ¡Oh!—exclamó el joven apretando los puños y dejando escapar dos centellas de sus negros ojos.

—Cuando nada ha conseguido hasta hoy, supongo que no se ha empenado.

—Pero el comendador.....

—Debe querer que su hija se case con don Leandro.

—Y segun parece, es favorable á este plan la condesa.

—Muchos y muy poderosos son tus enemigos,—repuso el hidalgo haciendo un gesto de disgusto.

Querubin volvió á suspirar.

—Sin embargo,—añadió el señor de Guevara,—en este asunto debe haber algun misterio, y ese misterio es para mi un rayo de esperanza. Hijo mio, por mi desgracia ó por mi fortuna, conozco demasiado bien el mundo, y..... En fin, hablaremos de este negocio otro dia, puesto que ahora quiero ocuparme solamente de tí.

—Como mejor os parezca.

—Se va á decidir tu suerte; y como no sabemos lo que puede suceder, me parece conveniente que conozcas todos los detalles de tu historia.

—Muchas veces os he preguntado.....

—Nada he querido decirte ántes porque á ningun resultado práctico conducía; pero ahora cambia la situación, y es preciso que todo lo sepas.

—Asegurais que no tengo nombre.....

—Y por desgracia es verdad.

—¿Quiénes fueron mis padres?

—Lo ignoro, y toda mi habilidad no ha sido bastante para descubrirlo.

—¿Por qué me habeis protegido?

—Eso es lo que puedo decirte.

—Estoy á vuestro lado desde que nací?

—Cerca de mi hasta que tuviste dos años. Despues yo he sido tu único padre, tu protector único.

—¿Cuánto os debo!

—Me pagas sobradamente con tu cariño, sin contar con que tú has hecho agradable mi existencia, evitando que me muera en fuerza de aburrirme. Mientras fui joven todo iba bien; pero ahora, ¿qué sería de mí sin tu amor?

—¡Ah!...

—Escuchame, Querubin.

—Ya os escucho, padre mio.

CAPITULO VII.

Sigue el almuerzo.

Ya el hidalgo no reía ni juraba, ni bebía. Nunca se había visto expresión de tanta gravedad en su rostro.

Habíase dicho que en pocos momentos había cambiado completamente, que era otro hombre.

Por algunos minutos guardó silencio como para coordinar sus ideas.

Entre tanto, latía violentamente el corazón de Querubin.

Iba á conocer un secreto que para él tenía una importancia sin igual.

El señor de Guevara dijo:

—La pobre casa en que vivimos es mía, ya lo sabes.

—Y sé también que habitais en ella hace más de veinticinco años.

—Pues bien, hace veinte ocupaba el piso bajo una infeliz mujer muy honrada y que quedó viuda con un hijo de pocos meses. Aquella mujer, cuyo nombre debes guardar en la memoria, llamábase Luciana Hernández y había estado casada con un oficial de carpintero que se llamó Jose de la Cuesta. Al enviudar no le quedaron más recursos que sus manos, y ganaba el sustento yendo á trabajar adonde la llamaban. Su miseria era tal, que no pudo pagarme el alquiler de la habitación, y tuve que perdonarle la deuda, contentándome con que me lavase la ropa.

—Fuisteis generoso como siempre.

—Me parece que no era cosa de poner en la calle á la pobre viuda con su hijo; y ya que mis recursos no alcanzaban para acudir á todas sus necesidades, quise al menos dejarles el misero techo que les daba abrigo. Esto era cumplir una obligación y nada más.

—Obligación para corazones como el vuestro.

—Dios dispuso que el hijo de Luciana se muriese; pero dispuso también que la buscasen para confiar á su honradez la vida de un niño.

—¡Yo!...

—Sí, el niño eras tú.

—¿Y quién me condó á los cuidados de la pobre Luciana?

—Un hombre que, por sus maneras y riqueza de sus vestidos, parecía ser un caballero.

—Y ese hombre....

—Le dijo á Luciana lo siguiente: «Criad este niño y cada mes recibiréis veinte ducados, y cuando de vuestros cuidados no necesitá, dispondré de su suerte; pero por toda vuestra vida seguireis cobrando la misma renta, y aún más si necesitais; pero cuidad de que nadie sepa que tenéis semejante criatura, y cuidad también de no ser curiosa, pues sobre perder lo que os ofrezco, lo pasarais muy mal en todos sentidos. Esta criatura ha nacido hace pocas horas, pero ya está bautizada y se llama Querubin.» No dió más explicaciones el caballero. Entregó los primeros veinte ducados. Pasó un mes, lo espero Luciana, pero el desconocido no volvió.

—¿Y ella?...

—A pesar de eso cumplió lo que había prometido y aún mucho más, pues te amó como hubiera podido amarte una madre. Tan cuidadosamente te ocultó, que yo mismo no supe que en la casa había semejante criatura.

—¿Y cómo pudo la infeliz ganar el sustento?

—Con la voluntad se hacen milagros. Como se arregló Luciana, no sabré decírtelo; pero ello es que pasó un año antes de que la más imperiosa necesidad la obligase á decirme que tenía que cuidar de un niño. No me dió entonces ninguna explicación, ni yo se la pedí,

porque á pesar de que soy muy curioso, tengo la costumbre de respetar los secretos de todos. Como ya te he dicho, hice en favor de Luciana lo que pude. Tu te desarrollabas perfectamente, y yo me complacía en ir á la habitación de la pobre mujer para hacerle caricias. Seguro estoy de que ella hubiera dado la vida por mí.

—Dios la habrá premiado en la eternidad.

—Era una santa.

—Proseguid,—dijo el mancebo con voz ahogada por la emoción.

—Tenías dos años. Una noche poco antes de las doce volví á mi casa y me pareció oír gemidos en el cuarto bajo. Me detuve y escuché. No me había equivocado. Llamé y me respondió la voz debilitada de tu nodriza. No entendí lo que me dijo, pero sí comprendí que le era imposible moverse. Miré por el ojo de la cerradura y no vi luz. Subí á mi cuarto, encendí el velón y baje. Un violento empuje bastó para romper la puerta. Entré y me encontré á Luciana moribunda y estrechándose contra su pecho. Su rostro estaba ya disfigurado. Le pregunté lo que sentía y me respondió sencillamente que estaba próxima á morir. Quise ir en busca de un médico, pero me detuvo diciendome que era preciso que la escuchase; y tan encarecidamente me suplicó, que me senté junto á la cama.

—Supongo que entónces os referiría....

—Lo que sabes ya.

—Y os rogaria....

—Que te amparase. Te miré considerando que ibas á quedar solo en el mundo. ¿Quién te protegería? Nadie. ¿Se presentarían tus padres alguna vez? No era probable. Tener un hijo me pareció una dicha sin igual. No sé lo que sentí. Me ahogaba, mi corazón latía con desigual violencia.... ¡Vive el cielo!... Y tú me mirabas y sonreías, y extendías hácia mi tus pequeños brazos como si también me pidieses protección, como si comprendieses que nadie más que yo podía apiadarse de ti. ¡Rayos y truenos!... Me zumbaban los oídos, y.... No acierto á explicarlo.... Te tomé, te besé no sé cuantas veces, te di el nombre de hijo; y tú, inocente criatura, sin saber lo que hacías, inspirado por Dios, me diste el nombre de padre. ¡Cien legiones!... Creí que iba á volverme loco. Tome la luz y volví á mi habitación, encendiendo otra. Te coloqué en mi lecho y te abrigué. Volví al lado de la pobre Luciana. La infeliz me dijo que antes que el médico era necesario un sacerdote, y yo fui en busca del uno y del otro. Cuando el hombre de la ciencia acudió ya no había nada que hacer, porque la enferma exhalaba el último suspiro. Me encontré muy apurado, y el resto de la noche lo pasé susbiendo y bajando para cuidar de ti y rezar junto al cadáver.

Los negros ojos de Querubin se humedecieron.

—¡Hora,—le dijo el señor de Guevara,—¡hora, que yo también lloré aquella noche á pesar de mi fortaleza. Apenas amaneció avisé á otros vecinos. Cundió rápidamente la noticia de la desgracia. Me preguntaron algunos si era verdad que Luciana tenía un niño pequeño, pues así se había dicho en la vecindad algún tiempo antes. Respondí negativamente, haciendo todo lo posible para que no se hablase de semejante asunto. Gaste el poco dinero que había en mis bolsillos y fue enterrado decentemente el cadáver de tu nodriza.

—¿No encontrasteis ningún indicio que pudiera servir para el descubrimiento de mis padres?

—Ninguno.

—Y después de tantos años....

—Debo suponer que tus padres no viven.

—Sin duda mi existencia....

—Puede ser la consecuencia de alguna falta, pues así parece probarlo el cuidado que se ponía en ocultarte.

—Tal vez mis padres me buscan....

—¿Y por qué no han ido á mi casa?

—Teneis razon, es lo más probable que mis padres hayan muerto; pero no por eso dejare de buscarlos.

—Más de tres años pasé sin ocuparme de otra cosa con la prudencia y el sigilo que debía; pero mis esfuerzos no produjeron resultado alguno, y como yo te amaba más cada día.... Perdona mi egoísmo, pero es la verdad que yo me consideraría muy desgraciado si se presentaran tus padres á disputarme tu cariño.

—Siempre será para vos la misma mi ternura, porque por mí os habeis sacrificado y porque os soy deudor de la existencia y de la felicidad. ¿Que hubiera sido de mí sin vuestra protección? Perdido en el mundo, Dios sabe si ahora me encontraría en el lodazal de todos los vicios y manchado por todos los crímenes. Podré encontrar á mi padre, pero mi padre sereis siempre vos.

El hidalgo abrazó á su protegido.

Volvieron á quedar silenciosos.

Cinco minutos pasaron, y dijo al fin el señor de Guevara.

—Ya no es posible que te se oculte toda la gravedad de tu situación. María te ama, pero ¿es esto bastante? Eres pobre y de condición aún más humilde que la del último plebeyo, puesto que ni siquiera nombre tienes. ¿Es posible que don Pedro te conceda la mano de su hija?

—No.

—Aunque consigues con tu valor y tu talento hacer una gran fortuna, siempre quedaria el inconveniente de tu origen.

—Por eso ante todo debo buscar á mi padre.

—Fácil es que te ocupes en buscarlo; pero buscar no es encontrar, y si nada consigues...

—No se lo que hare.

—Esa es la más acertada de las determinaciones cuando se lucha con lo imposible.

—Sólo las circunstancias imprevistas pueden favorecerme.

—¡Dichosa edad la tuya!

—Sí, dichosa, porque se vive con ilusiones, porque todo nos hace concebir risueñas esperanzas.

—No seré yo quien las desvanezca.

—No, padre mio, porque sin mis esperanzas y mis ilusiones la existencia seria para mí horrible, insoportable.

—Querubin necesitó reflexionar muy despacio; pero ante todo es necesario que fijemos la atención en don Leandro de Sandoval.

—La fijaremos; pero mi rival no ha de darme á conocer á mi padre.

—Yo me entiendo, hijo mio, yo me entiendo.

—Me someteré á vuestras resoluciones.

—Cuando se quiere descubrir un misterio es preciso fijar la atención en todas las circunstancias, en todos los detalles.

—Tratándose de mi amor me parece oportuno que fijemos la atención en don Leandro de Sandoval, pero....

—Tras de lo uno viene lo otro. La casualidad ha querido ponernos delante al hijo de la condesa antes que á ningún otro, y precisamente en los momentos en que el señor Policarpo recortaba la capa, y como tu capa está en relacion con el suceso de anoche y con María, con tu amor y tu porvenir.... Fuego de Satanás!... Yo me entiendo. Querubin, yo me entiendo. Conozco el mundo, y cuando tengas mis años y mi experiencia discurrirás lo mismo que yo. Licencia tienes para hacer cuanto te se antoje; pero yo entre tanto me ocupare de don Leandro de Sandoval, principiando por obligar al buen sastre á que diga lo que sepa del caballero.

—Y para complaceros, espiare al hijo de la condesa.

—Bien pensado.

—Y en cuanto á mis padres....

—Nada podemos hacer ahora.

—Sin embargo....

—Pregunta á todo el mundo por si hay quien te diga quien fué el caballero que hace veinte años entregó un niño á la pobre Luciana Hernando en su casa de la calle del Alamillo.

—Y al decir esto el señor do Guevara, desplegó una barlona sonrisa.

—Querubin inclinó la cabeza como avergonzado de su candidez.

—Lo que no haga la casualidad, ya te lo he dicho, no has de hacerlo tú.

—Me resignare y esperaré.

—Dime ahora si el orgulloso comendador sabe quien es el pobre diablo que ha tenido bastante atrevimiento para amar á su hija.

—Lo ignora.

—Dices que una criada anda en la intriga....

—Pero es reservada.

—No te fies de eso.

—Además, espera que su señora la proteja, y esto me parece bastante para que no cometa una indiscrecion.

—Tal vez.

Poco más hablaron protector y protegido. Llamaron y acudió el mozo.

Pagó el hidalgo, menguando considerablemente su caudal.

Salieron de la hosteria.

—¿Adónde hemos de ir?—preguntó el manco.

—Adonde quieras, con tal de que no cometas ninguna locura.

—No me parece imprudencia andar por los alrededores de la casa del comendador.

—Puedes hacerlo.

—¿Y vos?

—Iré á visitar al buen Policarpo; y como supongo que ha de prolongarse la conversacion, allí puedes ir á buscarme cuando mejor te parezca.

Separáronse.

El hidalgo tomó hácia la calle de Milaneses, y Querubin siguió hácia la Puerta del Sol.

(Se continuará.)

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuacion.)

Es de mucho mérito la poesia de don Santiago Perez, de Santa Fe de Bogotá, titulada *A Virginia en su bautismo*.

Toda la ternura del amor paternal rebosa á torrentes en esta elevada composicion, que hace época en los anales poéticos de América.

Rompe con esta dulce estrofa:

Despierta, que la cúpula ya dora
del templo el nuevo día;

¡para ti un rayo de la eterna aurora
es su tibio crepúsculo, hija mía!

Viste tus labios de mejor sonrisa,
da á tus ojos más luz;

sobre tu frente, cual espejo lisa,
su imagen hoy reflejará la cruz.

No se puede dar una ternura más edificante ni un sentimiento cristiano más radicado en el alma, el cual se corrobora en la siguiente estrofa:

Que de Cristo la herencia es tu fortuna,
ya no de Adán el mal;

arca de salvacion será tu cuna
sostenida en el agua bautismal.

¡Que dulce fe, qué cándida esperanza
es ésta, mi buen Dios!

¡Mas todo puede ser, todo lo alcanza
quien con vos vive, quien espera en vos!

En medio del torrente desolador del materialismo que nos amenaza con una disolucion pagana, consuela el que haya genios privilegiados, que como el señor Perez sepan expresar con tanta delicadeza los sentimientos cristianos y la fe en la proteccion divina.

La Cuna del Niño, del señor Rivero, de Méjico, es una composicion grandiosa, que vale un mundo de aplausos.

Dice al empezar:

Si el niño no llora vendrán los querubes
dejando los cielos que habitan los santos,
doen tronos de estrellas y alfombras de nubes
entonan á coros dulcísimos cantos.

Darán frescas flores al cándido niño,
juguetes de nácar y dulces de almibar,
sombreros de plumas y mantos de armiño,
con broches preciosos del oro de Tíbar.

Siguenle otras estrofas no ménos galanas que las anteriores, en las cuales se rebosan las imágenes más bellas, los giros más armoniosos y la dicción más correcta y castiza, concluyendo con esta adorable puerilidad:

Si el niño llorare con tristes gemidos,
adios mariposas, balsámicas plantas,
y peces, y cañas, y grutas, y nidos,
y pájaros bellos de dulces gargantas.
Si el niño no llora, tendrá por abrigo
mi blando regazo de amor y embelesos.
Si el niño llorare, tendrá por castigo
velar sin caricias, dormir sin mis besos.

El poeta que así sabe versificar es digno de ocupar un alto puesto en el templo de la inmortalidad.

La poesia *La Polve Madre*, de Vicente Coronado, de Caracas, es un canto tristísimo, de trasparencia sublimidad y grandeza plástica, que se graba profundamente en el corazón despues de quedar indeleble en la fantasía.

Rompe la escena con estos renglones de bella pureza descriptiva:

El sol, rey de los astros,
desciende ya magnífico,
y en torno deja rastros
de púrpura y fulgor.

Cubre los montes frígidos
la niebla en alta nube,
que hasta el Empíreo sube
incienso al Hacedor.

En este mismo metro siguen despues seis bellísimas estrofas, en las cuales brillan como á porfía los más delicados pensamientos.

Una madre, al pie de una colina sentada
en tosea Peña, lamenta la partida de su hijo;
pero éste la dice:

¿Por qué tan mística doblas la frente
y al aura leve las quejas das?
Madre adorada, ¿por qué doliente
Así me miras, llorando estás?

Despues, soñando con las venturas del porvenir, dice:

Si, al turbulento mar de la vida
sus mil tesoros conquistaré;
para ti todo, madre querida,
glorias, grandezas, cuanto soñé.

Todo el resto de la composicion es tierno y desgarrador, poniendo de manifiesto las bellezas del amor maternal.

Por fin, la escena concluye cuando se lee:

Al fin el misero ya se desprende....
huye.... los ojos volviendo atrás.

Ella los brazos de amor le tiende
siempre clamando: «¿Por que te vas?»

Pero es en vano, porque el hijo se aleja, y

La noche cierra ya el horizonte,
todo en silencio letal quedó;
y allá la luna, detras de un monte,
su rostro pálido triste asomó.

Vivir amando es una bellísima poesia dedicada á Laura, del poeta Díaz Granados, escrita en la Habana en 1862. Se refiere á la grandeza del amor puro, concentrado en la virtud y el trabajo.

Dice por esta razon:

Santifíque el trabajo nuestras horas,
amasemos con lágrimas el pan;
al fin asomarán nuevas auroras
con luz que calme nuestro horrible mal.

Engrandece las delicias del hogar con estos aliñados versos:

¡Oh espíritus callados de pálida belleza,
los que bajais del cielo al pobre á consolar,
no más en vuestros ojos se pinte la tristeza,
que ya florece ufano el árbol del hogar.

No es ménos interesante la composicion denominada *Un recuerdo á mi amada y á mi valle*, de Federico Bello, de Méjico. Está versificada en octavas reales con una nostalgia de los matices más expresivos. Toda la composicion está cuajada de dulces y á la vez melancólicas reminiscencias de la infancia, como cuando dice:

¡Pobre valle tan fresco y tan ameno,
hecho á mi soledad y á mi cuidado,
que no conoces el rigor del trueno
y que ignoras la saña del nublado.
Despues que ingrato abandone tu seno,
¿quien tu paz primavera ha hollado?
¡Ay valle! ¿cuántas lágrimas crueles
abargarán la hiel de tus claveles!

Campea en este recuerdo un lirismo muy delicado.

Sin querer hemos hecho aquí memoria de los versos del Dante: «¡Ay, Aniel! ¿cómo te vas mudando! no se te ve ya ni como uno ni como dos.»

El poeta Bello revela en sus composiciones variada lectura y un respeto profundo á las reglas clásicas. Desgraciadamente, Méjico, envuelto siempre en la anarquía, sólo puede ofrecer constantemente á sus poetas cuadros de horror para llorarlos.

Dice bien Espronceda hablando de esa desgraciada calamidad:

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!
pintado tantas veces y á porfía,
al sonar el horrisimo baladro
del monstruo que han llamado la anarquía!

Despidese Bello de su amada y de su valle con estos sentidos versos:

¡Adios perdidos bienes de mi infancia!
¡adios, repito, y para siempre acaso,
flores cuya suavísima fragancia
aspiró el alma en misterioso lazo!
Adios; mas esperad de mi constancia
que dare, sollozando á cada paso,
hasta que roto el corazón estalle,
un recuerdo á mi amada y á mi valle.

En esta composicion parece coincidir con el inspirado poeta español Estrada en su composicion que comienza:

Adios los valles de nevada espuma,
que es una de las más tiernas y melancólicas de este discreto vate.

(Se continuará.)

CON DINERO Y SIN DINERO.

La fortuna se ha empeñado en proteger á don Jerónimo, y como la fortuna es tenaz, todo le sale á nuestro hombre á pedir de boca. Heredó un mediano caudal, pero lo ha centuplicado; ya es rico, ó lo que es igual, tiene linero, mucho dinero; viste con lujo, su casa está amueblada ricamente y puede permitirse la comodidad de un precioso carruaje.

Don Jerónimo representa un gran papel.

Es rico y no puede suceder otra cosa.

¿Tiene talento?

Aseguran que sí.

No nos sorprende, porque de ningún hombre rico se ha dicho que es tonto.

Se presenta en todas partes con desembarazo, habla en alta voz, censura y condena lo que le parece mal, y alaba lo que bien le parece.

Bien que se trate de política, de negocios ó cualquiera otro asunto, don Jerónimo tiene siempre una frase ingeniosa, un chiste delicado, una calificación oportuna, y tal vez por esto se le escuchaba con mucho agrado.

¿Es posible que don Jerónimo diga una tontería?

No, y la prueba está en que sus frases sentenciosas hacen fortuna, tomándose en consideración, repitiéndose y comentándose.

Si don Jerónimo no tuviese talento, no hablaría como habla.

¡Pobre mundo!

Don Jerónimo levanta la voz porque tiene dinero, manifiesta sin rodeos sus opiniones porque es rico, y se hace escuchar porque se presenta á todo el mundo diciendo con su aire y con sus miradas: «Nada vengo á pedir y aún tengo suficiente para dar; y como á nadie necesito, nadie me infunde temor.»

A un hombre que así se presenta es preciso escucharlo, y en fuerza de tomar en consideración sus palabras, se les encuentra á éstas algún mérito.

El portero del ministro fulano no conoce á don Jerónimo, pero éste se presenta y pregunta desdenosamente:

—¿Está en casa?

El portero se quita la gorra, se inclina respetuosamente, y ni por un solo instante piensa en decir que su excelencia ha salido.

¿Cómo ha de atreverse á semejante cosa el portero?

Se trata de un hombre que sale de una lujosa berlina, que lleva diamantes en los botones de su camisa, y que arroja al suelo con fría indiferencia un cigarro casi entero y que cuesta una peseta, es decir, más de la mitad de lo que muchos desdichados ganan trabajando todo el día.

No, á un hombre así no puede decirse que su excelencia ha salido, ni que no recibe porque está muy ocupado.

Por toda contestación se le abren las puertas de par en par, y si se le pregunta su nombre es para anunciarlo inmediatamente.

¿Es honrado don Jerónimo?

Dios lo sabe; pero el mundo asegura que sí. Podrá haber tenido muchas debilidades; pero ¿quien hace caso de semejantes pequeñeces?

Algunos murmuradores hablan de cierta historia negra en la que don Jerónimo representó el principal papel.

La envidia, la picara envidia.

Como don Jerónimo es rico, los que no tienen dinero se empeñan en desacreditarlo.

Los murmuradores no consiguen más que realizar á don Jerónimo, porque le hacen aparecer como una víctima.

Don Jerónimo no puede haberse enriquecido arruinando á otra familia, porque esto no puede hacerlo un hombre rico.

Don Jerónimo da dos cuartos á cada pobre que encuentra al salir de su casa, y alguna vez ha llevado su generosidad hasta el extremo de dar un duro á una familia virtuosa y desgraciada.

¿Puede negarse que don Jerónimo es un hombre caritativo?

No importará menos de dos mil reales lo que al cabo del año desembolsa para socorrer al prójimo.



CON DINERO.—¡Qué gran señor!!

¡Dos mil reales!....

Hay que reconocer que don Jerónimo es un tipo admirable de caridad cristiana.

El sostenimiento de su carruaje le cuesta veinte mil reales al año.

Otros ochenta mil gasta en lujosos adornos para cierta mujer, de la que se dice lo que no queremos repetir.

En tabaco gasta más de diez mil reales.

¿Quien puede poner en duda los sentimientos de amor al prójimo de nuestro capitalista?

Su reputación es envidiable; y la merece; y como la fama pregona los beneficios que prodiga don Jerónimo, muchos infelices acuden á él.

Empero los pobres que lo asedian, ¿qué son?

Unos perdidos, seres abyectos que no merecen ninguna consideración.

Y aquellos pobres están llenos de vicios, son capaces de todo, se embriagan en una taberna, en vez de hacerlo en un magnífico salón; y si pueden, roban una peseta para comer, en vez de apropiarse cincuenta mil duros ajenos para comodidades y lujo.

Además, todos aquellos pobres son estúpidos, pues no saben siquiera expresar lo que sienten, ni dicen una frase que no sea vulgar y vacía de sentido; y sobre ser estúpidos, tienen la timidez del hombre á quien su conciencia le dice que vale poco ó no vale nada.

Y si no, mirad cómo tiemblan, cómo se aturden, no aciertan á moverse ni á explicarse.

¿Es posible que todos esos desdichados crean que valen tanto por lo menos como don Jerónimo?

No puede ponerse en duda que el hombre rico es un hombre respetable en todos sentidos.

Pero la fortuna es voluble como la mujer más coqueta, y al que acaricia con más ardor le vuelve la espalda más repentinamente.

El diablo enredó los negocios, y don Jerónimo sufrió grandes pérdidas en la Bolsa.

Quiso desquitarse y perdió más.

La ruina se le presentó con aspecto horrible.

Don Jerónimo, á pesar de todo su valor, tuvo miedo.

Emprendió nuevos negocios, y á pesar de su gran talento cometió muchas torpezas.

Nunca se había visto aturrido don Jerónimo, y sin embargo se aturdió.

Sostuvo la lucha hasta donde pudo sostenerla, pero al fin tuvo que suprimir el gasto de la mujer que hacía sus delicias, y tras de la mujer el coche, y después del coche los cigarrillos, y luego todo, hasta la comida.

Don Jerónimo no tenía dinero.

Esto era inconcebible para él, era inverosímil, y sin embargo era verdad.

Tuvo que irse á vivir á una buhardilla.

Los vecinos le llamaban entonces el señor Jeromo.

Ya no levantaba la cabeza, sino que la inclinaba constantemente como si no pudiera soportar el peso de sus desventuras.

Se expresaba bien en presencia de los que aún eran más pobres que él; pero cuando hablaba con los que tenían dinero, era tímido, media sus palabras, temiendo ofender ó desagradar, y resultando de esto que no decía más que vulgaridades y necesidades.

La necesidad lo obligaba á ir á ver á ciertos personajes que en otro tiempo habían sido sus amigos.

El portero lo miraba de soslayo y con desdén, y volviendo la espalda decía: «Su excelencia ha salido. No podrá usted verlo porque no tiene horas fijas de estar en casa, y será mejor que se entienda usted con su ayuda de cámara.»

Ni aún con el portero se atrevía á enfadarse el señor Jeromo.

Suspiraba tristemente y se resignaba como se resignan todos los pobres, esto es á la fuerza.

—¡Pobrecillo!—decían algunos.

Esto era todo lo que merecía.

El señor Jeromo, tan valiente cuando tenía dinero, era ya cobarde.

No hay valor posible con el estómago y el bolsillo vacío, no lo hay sino en terribles instantes de vértigo; pero después la reacción es horrible.

Tampoco tenía talento el señor Jeromo, y así lo probaba, puesto que no acertaba á decir más que tonterías.

¿Y su honradez?

Era dudosa.

¿Quién había de fiar sus intereses á quien no tiene que comer?

El hambre es mala consejera; el hambre es el demonio, que es lo mismo que decir que los pobres tienen el demonio metido en el cuerpo.

En otro tiempo se había murmurado de don Jerónimo, pero nadie había creído lo que se decía.

Cuando se puso en duda la honra del señor Jeromo, tomóse en consideración lo que los murmuradores aseguraban.

El señor Jeromo era un perdido.

Sus maneras distinguidas se habían convertido en groseras.

Su ingenio fecundo se había embotado.

Habiase entregado á todos los vicios, era una criatura casi repugnante, y había llegado al criminal extremo de hacer comparaciones entre el lujo de otros y su pobreza.

Si algún rico le daba un duro después de haber gastado diez mil en desórdenes, ¿no hacía una obra de caridad?

¿De qué podía quejarse el señor Jeromo?

Le habían dado veinte reales, y si con esta

cantidad no podía vivir una semana, probado quedaba que era un hombre despilfarrador y que no sabía contenerse dentro de los límites de una prudente economía.

¿Por qué se permitía el exceso de comer carne y pan blanco?

¿Por qué no suprimía el gasto de medio real que empleaba en tabaco?

Hé ahí lo que no podían comprender los que de nada se privaban, porque el hambre no la conciben los que están hartos.

La carne, el pan blanco y otras cosas por el estilo es lujo innecesario cuando se trata de los pobres; pero cuando se trata de los ricos, los manjares suculentos son absolutamente precisos para la vida.

Sin embargo, don Jerónimo y el señor Jerónimo eran el mismo hombre; el señor Jerónimo era tan honrado cuando pobre como lo había sido cuando la fortuna lo protegía; su talento era el mismo y los mismos sus sentimientos.

¿En qué consistía la diferencia?

¿Por qué respetaba el mundo á don Jerónimo y despreciaba al señor Jerónimo?

La diferencia estaba en el bolsillo.

Si don Jerónimo tenía dinero, claro es que también debía tener mucho talento y debía ser muy honrado.

Si era pobre el señor Jerónimo, ¿cómo había de tener clara inteligencia?

Don Jerónimo fué adulado cuando era rico.

El señor Jerónimo murió despreciado cuando era pobre.

Advierte, lector, que no hemos querido decir que los pobres no más sean buenos y dignos de consideración, porque esto sería tocar los extremos, que siempre son viciosos y conducen al absurdo; pero aprovecha la lección, y para juzgar examina el alma del hombre y no te enrides de su bolsillo, y pobre ó rico dale á cada cual lo que se merezca por sus virtudes y talento.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EL CASTILLO DE LAS SIETE TORRES

EN CONSTANTINOPLA.

Es la primera prision de Estado, tristemente célebre por las escenas de horror, las ejecuciones sangrientas y los actos de barbarie y despotismo que en ella se cometieron.

Se compone de dos recintos; el primero es el que forma la entrada por la ciudad; el segundo se extiende desde el primero hasta el mar que baña sus torres.

La superficie que ocupa, comprendiendo los dos recintos, es de cinco mil quinientas toesas cuadradas.

Las torres del primer recinto son casi todas de mármol, pero de construcción diferente. No son éstas las que han dado nombre al castillo, porque en este primer recinto no se cuentan más que cinco torres, sino las del segundo, que son siete, contando las que los terremotos han derribado parcial ó totalmente.

La primera torre de mármol del primer recinto tiene ochenta pies de elevación, es redonda y está cubierta de plomo; la segunda no es más que una masa enorme de cerámica de cien pies de altura, y quedó hendida de alto á bajo por un terremoto.

Entre estas dos torres está el arco de Constantino medio arruinado, y está unido á ellas por una pared de sesenta pies de altura. Al ángulo meridional del castillo estaba otra torre, que ha sido derribada, y de la que han hecho una cisterna. Al ángulo sudoeste se ve una torre cortada en dos y cubierta con



SIN DINERO.—¡Qué perdido!!

un techo; ésta se eleva lo ménos á ciento veinte pies.

La puerta principal está practicada en el centro de una torre cuadrada, mucho más baja que las otras; las puertas son de hierro.

Al ángulo norte está otra torre redonda, cuyo techo se ha desquiciado ya, y que se convertirá muy pronto en ruina, en razón de la costumbre invariable de los turcos de no reparar jamás ningún edificio.

La segunda torre del primer recinto encierra horribles calabozos. En la parte inferior han cuidado mucho y preservado de la destrucción el pozo de la sangre, y que es en realidad muy digno de esa espantosa designación.

Cierran la entrada de este calabozo dos puertas de hierro, y una formada de gruesos postes de encina como las básculas de los puentes levadizos.

Este sitio, funesta morada de la muerte, no recibe luz ni aire por ningún lado; allí es donde se depositan los infelices destinados á perecer.

En medio de esta covacha terrible, y al nivel del suelo, existe un pozo profundo, cuya abertura se cierra con grandes losas. Este pozo recibe las cabezas de todos los que una orden del déspota envía al suplicio.

La puerta de esta entrada tiene un rastriello de hierro suspendido, que se deja caer en caso de necesidad; al lado de esta puerta (por dentro) hay una sala de armas llena de escudos, de cuchillas y cadenas. El interior de este castillo encierra casas, cuerpos de guardia, almacenes y alojamientos para los prisioneros; hasta se ven algunos jardinitos aquí y allá.

En uno de estos jardines se ve el Cementerio de los Mártires, que ocupa un espacio como de dos toesas cuadradas. Los turcos llaman mártires á los que perecieron en el asalto que dieron á este mismo castillo cuando se apoderaron de él.

El espacio comprendido entre la primera

muralla del lado opuesto á la ciudad y la que forma la segunda circunvalación, le ocupa casi en toda su extensión un jardín que no está cultivado más que á medias. En él se hallan cipreses, sicomoros, árboles frutales de toda especie, adelfas, flores, fuentes y hasta surtidores.

En el muro que forma el segundo recinto se encuentran los restos de la puerta dorada.

Allí se ven dos columnas de mármol blanco perfectamente conservadas con sus capiteles.

Tienen cada una de treinta y cinco á treinta y seis pies de elevación.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

ISCHIA

EN EL GOLFO DE NÁPOLES.

No hay una isla más encantadora ni que deje traspirar exteriormente más poesía que la isla de Ischia. Sus aldeas, llenas de palmeras y aloes, tienen algo de oriental. Las habitaciones son blancas y los techos abovedados como en la Siria.

Toda la superficie de la isla, desde las más altas cimas del Epomé hasta la faja de olas que hiere los flancos de las rocas, es un inmenso jardín de árboles, de arbustos, viñas y castaños.

Es un microscopio encantador; es un compendio, un resumen de toda la Italia.

Aquí hallais la montaña con sus pendientes cubiertas de madroños maduros, de retamas y de mirtos en flor; y á un lado, en un recodo del terreno, un valle lombardo con viñas locas,

impetuosas, elevadas, colgando de las ramas de los álamos como la cabellera de una bacante.

Al lado de este valle, que es una sonrisa de la Naturaleza, se halla un terreno de desolación, inquieto, levantado, sembrado de piedras negras.

De cuando en cuando salen de él bocanadas de humo, porque Ischia está situada sobre el fuego.

En el seno del volcan es donde aquellas viñas van á tomar el jugo abrasador que exalta el cerebro.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

XII

Al día siguiente.

—Padre mío,—preguntó Ana á Pedro Avellan á la hora de comer, ¿es cierto que va á haber guerra con los moros?

Pedro Avellan miró á su hija por algunos instantes y replicó:

—Algo he oído de eso. Ayer hubo una reunión de mayores contribuyentes en las Salas municipales, y se dijo que hay en Algeciras una división del ejército próxima á embarcarse para el moro.

Ana se puso encendida como un clavel. Las noticias que escuchaba estaban en armonía con las recibidas la noche anterior.

—¿Es decir,—continuó preguntando la joven,—que si llega á estallar esa guerra habrá mucha sangre y muchas desgracias?

—En esa clase de guerras, hija mía, no hay cuartel ni consideración alguna.

Continuó la comida en silencio; el padre meditando tal vez en las preguntas de su hija, y la hija reflexionando en las respuestas de su padre.

De este modo llegaron á los postres.

Cuando las criadas se retiraron, Pedro Avellan interrumpió aquel largo y al parecer triste silencio con estas palabras:

—Hacia tiempo, hija mía, que deseaba hablarle.

Estas sencillas palabras tenían algo de solemnes.

Ana miró á su padre y aún su misma madre miró á su esposo con cierta ansiedad.

—Aquí me tiene usted á su disposición,—contestó la joven.

Pedro tosó dos ó tres veces, y dijo:

—No soy aficionado á buscar rodillos cuando se puede marchar derecho á un asunto. Sin embargo, no quisiera ser tan espontáneo en ciertas ocasiones. Pero vamos al grano, Ana; ¿no has pensado alguna vez en casarte?

Esta pregunta, franca y ruda si se quiere hizo poner á la doncella más encendida que una amapola.

—¡Yo!—contestó por último.

—Es que tengo el deber de decirte,—prosiguió su padre,—que hay un pretendiente á tu mano, y el cual me ha manifestado los deseos que tiene de llamarse esposo tuyo.

Maria Fernandez, la madre de Ana, se consideró con derecho de terciar en aquella conversación que se iba haciendo dificultosa.

—¿Conque es decir que se ha presentado un novio para nuestra hija?

—Ni más ni menos, querida esposa.

—¿Y ese pudiera saber quien es?

—Un joven honrado, estudioso, de gran porvenir, hijo de labradores ricos, el cual suspira en silencio por Ana.

—¿Pero su nombre?—volvió á preguntar Maria Fernandez mientras su hija temblaba de emoción.

—No hay por qué ocultarlo. Se llama Carlos Fuster.

Ana hubiera dado un grito de sorpresa.

Su madre manifestó por algunos instantes su admiración, hasta que dijo:

—Verdad es que es un joven dignísimo por todos conceptos; pero, ¿cómo sabes tú, Pedro, que Carlos quiere á nuestra hija?

—Toma, porque el me lo ha dicho.

—¡El!

—Ni más ni menos. Me ha manifestado su amor, me ha contado sus aspiraciones, me ha dicho que marcha á Madrid para hacerse doctor, y que á la vuelta, si yo consiento, si tú consientes, si Ana quiere, se casará con ella.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó la madre.

—Lo más sencillo,—contestó Pedro.—Que no habiendo otro hombre más digno que Carlos para hacer feliz á nuestra hija, acepto su proposición, y por lo tanto....

—¿Que?

—Que Ana será la esposa de Carlos Fuster. He aquí todo.

Y el bueno del labrador se levantó de la mesa como un juez se levanta del tribunal después de haber pronunciado una sentencia.

XIII

Reuccion.

Lo que Pedro Avellan acababa de decir era ni más ni menos que el principio de una revolución doméstica.

Maria Fernandez, su esposa, no puso mal gesto á aquel inesperado *ultimatum*, por aquello de que toda madre lo que desea para su hija es un novio rico y de carrera.

La niña bajó los ojos y no rehusó una palabra.

¿Y qué había de decir?

Carlos Fuster era algo allá en el fondo de su corazón; Carlos Fuster era uno de esos

jóvenes de quien una mujer puede enamorarse á toda conciencia; Carlos Fuster le había explicado su amor de un modo tan dulce y delicado, que no era fácil olvidar sus palabras, su expresión y sus ademanes.

Por lo tanto, la resistencia que podía hacer allá en lo más recóndito de su alma se desvanecía ante las sensaciones de su corazón. Siempre halaga el amor propio de la mujer una petición como la que acababa de hacer Carlos, y este principio de vanidad femenina amante es una pendiente que nos obliga á marchar adelante, aún en contra de nuestra voluntad.

Ana estuvo pensando de día y de noche en la conversación que había sostenido con su padre, y particularmente en las últimas palabras de este.

¿Y por cierto que había razón para pensar en ellas!

Por lo demás, la misma vanidad que la había halagado al verse preferida por el joven más gallardo, más estudioso y de mayor porvenir de la ciudad, la impulsaba hacia él, como si deseara encontrar un homenaje perpetuo en sus acciones y palabras; pero Carlos se mostraba siempre afectuoso, pero siempre reservado, y sólo hablaba de su próximo viaje á Madrid.

En fin, quince días después de lo que había sucedido en la mesa, el joven abogado se presentó en casa de Pedro Avellan despidiéndose para la corte.

Aquella visita fué circunspecta y ceremoniosa. Ana no se atrevía á decir una expresión que pudiese manifestar interés; pero sus ojos se fijaron varias veces en Carlos con tan profunda y misteriosa ansiedad, que revelaban lo contrario á lo que expresaban sus labios.

—¿Y cuándo volverá usted?—preguntó la madre.

—Volveré en el verano próximo,—respondió Carlos.

Levantóse en seguida, despidióse con un acento algún tanto conmovido, y salió de la casa, no sin clavar en Ana una mirada de inmenso amor y cariño.

Esta mirada estuvo fija en la mente de Ana por espacio de un mes.

¿Qué había sido mientras tanto del pobre sargento primero de cazadores de Alcántara?

No era fácil saberlo.

La guerra anunciada en su última carta acababa de estallar. El ejército español se embarcaba para las costas de Africa; se habían dado los primeros combates, y los periódicos y los partes telegráficos traían á cada momento noticias de los esfuerzos gigantescos y victorias de nuestros soldados en un país salvaje y feroz.

Ana oía hablar como todo el mundo de aquella lucha de titanes, y se acordó de Rafael. ¿Y cómo no acordarse de aquel abandonado hijo de la fatalidad que de un momento á otro podría morir entre las montañosas crestas del Serrallo ó Sierra-Bullones?

Ana estaba luchando interiormente con sus temores, con sus esperanzas, con los recuerdos de sus promesas antiguas, con sus ensueños modernos, y últimamente con aquellos dos amores perdidos en las lontananzas de su existencia, hasta que una mañana oyó en todas partes un rumor inusitado y extraordinario.

Este rumor era producido por la noticia de la batalla de Tetuan, la cual producía un inmenso entusiasmo en todos los ánimos.

Ana escuchó todas las portentosas relaciones que se contaban en aquella admirable jornada; se informó del nombre de los regimientos y batallones que habían tomado en ella una gloriosa parte, y supo que los cazadores de Alcántara se habían distinguido extraordinariamente.

Sin saber por qué, brotó en su pecho una siniestra inquietud, puesto que de nuevo se figuró ver á Rafael envuelto en aquel hor-

rrible cuadro, lleno de fuego, de sangre y de cadáveres.

Y aquella inquietud era doble mayor, por cuanto hacia ya dos meses largos que no había recibido carta suya.

¿Y vean ustedes aquí una cosa rara! Ana, que durante la tranquila correspondencia del soldado veía si se quiere con disgusto aquella no interrumpida serie de cartas, principió á sentir doblemente el silencio de su amante.

Ella sabía que se recibían casi diariamente correos de Africa. ¿Por qué no escribía Rafael? Aquella extraña reserva, ¿no podía ser hija de un triste drama, de algún sangriento suceso?

En Africa no existían más que peligros. ¿No podía Rafael haber sido víctima de ellos?

Estas reflexiones produjeron en Ana una de esas tempestades del corazón, que se aumentaban á medida que la guerra iba tomando mayor incremento. Su antiguo amor, sepultado en el fondo de su alma, brotó repentinamente, y acaso, cuando ya era tarde, pensó en Rafael á todas horas y en todos los instantes, figurándose una vez herido, otras muerto, y lo que era más horrible, tal vez destrozado bajo las bárbaras gomas de los marroquines.

Estos fantasmas de su imaginación ó estas realidades de su espíritu, iban tomando cuerpo á medida que el tiempo trascurría y se libraban nuevas batallas. Ana no comprendía aquel silencio de muerte. Ana, dominada por su amor, amor que brotaba de nuevo como una llama que resplandece cuando está próxima á apagarse, no sabía que hacer para adquirir noticias de Rafael. La madre, el padre, el tío de este habían muerto; Rafael no tenía parientes; sólo tenía un amigo leal, compañero de la niñez y de estudios, que, más afortunado que él, había seguido la carrera eclesiástica y acababa de cantar misa, entregándose á una vida de meditación y recogimiento. Por lo tanto, este único amigo de Rafael, llamado Fulgencio Escalona, no podía saber nada, por cuanto si algo hubiese sabido lo hubiera publicado.

Ana dudó por mucho tiempo sobre si debía ó no debía dirigirse al presbítero don Fulgencio y preguntarle acerca de Rafael. Su amor la obligaba á ello, pero su deber le imponía la más profunda reserva.

Últimamente, algunos días después de la batalla de Tetuan, cuando aparecieron en la *Gaceta* los partes oficiales, Ana tuvo ocasión de encontrarse con Escalona en casa de unas amigas suyas. El joven sacerdote le saludó friamente.

—¿Cuánto tiempo hace que no he visto á usted!—le dijo Ana en un momento en que se encontraban juntos.

—En efecto, hace ya mucho tiempo,—contestó don Fulgencio.

—Y en verdad que deseaba verle para darle mi más cumplida enhorabuena por el nuevo estado que tiene usted.

—Lo agradezco infinito. Yo también por mi parte deseaba felicitarla.

—¿Por qué?—preguntó Ana algún tanto conmovida.

—Por su próximo enlace con don Carlos Fuster.

Ana sintió aquel golpe mortal que le dirigía el amigo de Rafael.... ¿Era aquello una reconvencción profunda ó un simple parabién?

La joven se puso encendida como la púrpura, sintió el grito de su conciencia, y enmudeció por algunos instantes.

Hacia ya mucho tiempo que en la ciudad no se hablaba de otra cosa sino de aquel enlace, y como esto no se había desmentido, Ana no tenía palabras que responder.

El presbítero se apresuró, al ver la turbación de la joven, á sacarla de aquel estado.

—Perdóneme usted si la he recordado una cosa que pertenecía á la jurisdicción del público. Su señor padre de usted lo dice en to-

das partes, y de aquí el que me haya atrevido á tanto. Por lo demás, Carlos es un caballero de brillantes esperanzas; es rico, tiene una excelente posición social; y esto, señorita, debe llenarla de orgullo más bien que de turbación.

—¡Pero usted me habla de Carlos, cuando otro nombre era el que yo esperaba oír de sus labios!

Pasó por la tersa frente de don Fulgencio una sombra extraña; y variando de tono, de ademán y de mirada, exclamó:

—No, no; no hay más nombre en mis labios que ese. Lo pasado está envuelto por el olvido y la indiferencia. Sería una profanación...

Detúvose el sacerdote.

—¿Por...? ¿Qué quiere usted decir?—exclamó Ana.

—Quiero decir... y el austero joven clavó sus negras pupilas en la doncella;—quiero decir, que mientras allí en Africa mueren con el alma destrozada los que merecían un eterno recuerdo de parte de usted, aquí sólo se piensa en una boda, contraria á los más sagrados juramentos.

Ana dió un grito ahogado y convulsivo.

—¿Conque Rafael?... ¡Dios mío!

—Lea usted la *Gaceta* donde viene el parte de la batalla de Tetuan. Nada más la digo.

XIV

En el que la *Gaceta* llega á hacer un papel muy interesante en esta novela.

La *Gaceta* ha sido, es y será siempre la *Gaceta*.

Una cosa inflexible, árida, seca, que tiene una respiración oficial, y que á pesar de su origen, ni habla á la inteligencia ni al corazón. Como ella es el órgano del gobierno, es claro que el gobierno dice en ella lo que le parece conveniente.

Se asemeja á aquella impasible Sibila de la antigüedad, que no se movía jamás de su tripode, á no ser que el dios ó el oráculo se lo mandaran.

Ana, en vista de las alarmantes palabras de don Fulgencio, fué á consultar esta Sibila moderna.

Mandó pedir la *Gaceta* á unos amigos de sus padres, y como Ana era bonita, peligrosamente bonita, estos amigos se desvivieron por complacer á Ana.

La *Gaceta* voló á sus manos.

Ana se encontró frente á frente con aquel periódico desconocido para ella; pero sintió frío, miedo y terror al ver aquellas columnas inexorables, llenas de letras, números, estados y relaciones. No sabía por dónde principiar; su corazón adivinaba algo de doloroso y terrible, pero nada veía que pudiera asustarla. Anuncios oficiales, decretos sobre aranceles, edictos de ayuntamientos y juzgados de primera instancia; esto era todo, ó casi todo.

Sin embargo, aquel papel le quemaba las manos. Todo lo había querido leer en un momento y nada había podido leer. Le parecía que un grito de su amor le decía: *detente*; mientras otro grito de su conciencia le decía: *adelante*.

Tenía necesidad de estar sola; quería leer aquel periódico, como el reo que tiene delante de sus ojos el fallo del tribunal y quiere devorarlo, al par que carece de valor para ello. Se fué á su cuarto; pero allí no encontró ni bastante luz para ver ni suficiente aire para respirar.

En aquel momento hacia su imaginación un viaje retrospectivo sobre lo pasado. Veía en el fondo de su mente á Rafael consagrando á ella toda su existencia; á Rafael explicándole la intensidad de su amor; á Rafael jurándole fidelidad eterna en aquella última noche de despedida; á Rafael escribiéndole la vida del soldado; á Rafael, en fin, esperando en ella, en sus promesas, y en

aquel juramento hecho en nombre de la Virgen de los Dolores.

Todos estos recuerdos, entibiados unos, olvidados otros, surgían de repente en su alma como tristes y solitarios fantasmas, como resplandores siniestros, como tempestades extinguidas y renovadas por el huracán de las pasiones, como testigos mudos é inaplazables del remordimiento.

Ana temblaba de sí misma, Ana se sentía culpable. Ana se consideraba digna de castigo. No habiendo tenido la suficiente fuerza de voluntad para ser fiel al tranquilo amor de aquel soldado, que mártir de su palabra y esclavo de su juramento había sido el ejemplo de la consecuencia, ahora se veía llena de pesar y de dolor, sin atreverse siquiera á fijar la vista en un periódico que podía acaso traerle un eco de su antiguo amante.

¿Qué esperaba? ¿qué temía? Ella no podía explicarlo; su corazón despertaba al cabo de tres años de indiferencia, como si fuese presa de una horrible pesadilla. Creía que las palabras de don Fulgencio eran como un anatema fúnebre que le lanzaba el nombre del olvidado Rafael.

Y mientras tanto, ella no sabía qué hacer en aquel momento de vértigo.

Sin voluntad propia, sin pensamiento fijo, salió de su gabinete, en donde había estado encerrada gran parte de la mañana, y bajó, casi sin advertirlo, al espacioso huerto de su casa.

El huerto estaba solo.

Era el mes de Febrero, y solamente un almendro había roto sus numerosos botones cubriéndose de blancas flores. Los demás árboles se hallaban desnudos y descarnados por el árido soplo del invierno. Las plantas estaban marchitas por la escasez, los pájaros mudos por el frío, y el sol pálido por las húmedas nieblas del día.

En aquel huerto era donde ella y Rafael, cogiendo fresa, se habían dicho por vez primera que se amaban; en aquella reja era donde se habían dado el último adiós de la despedida.

Y Ana fué á sentarse cerca de la reja como si esperase á Rafael, y miró con profunda ansiedad hacia la parte exterior como si sintiese sus pasos, y hasta creyó ver deslizarse su imagen por el otro lado de la espesa yerba que cubría las paredes.

Entonces volvió á abrir la *Gaceta*. Era preciso. Sólo en aquel sitio, que tantos recuerdos traía á su corazón y á su mente, podía leer el parte de la batalla de Tetuan.

En efecto, la ansiedad superó al temor, y Ana leyó en la primera columna lo que antes no había leído; esto es, un sencillo epigrafe que decía: *Ministerio de la Guerra*.

Y tras de aquel epigrafe, sintió y vió como el ruido y esplendor de una batalla; escuchó en el fondo de su alma algo que se asemejaba al estampido del cañón y á las descargas de fusilería. Y era que Ana estaba leyendo casi fuera de sí el parte de aquella magnífica jornada; y era que veía marchar á paso de carga á los diversos cuerpos de la infantería española hacia el campamento de los marroquíes.

Su alma buscaba un individuo en medio de aquella colectividad inmensa.

Tras aquel movimiento, tras aquellos truenos y relámpagos de la guerra, bajo aquellas nubes de bombas y granadas, tras el raudal de aquellos escuadrones que pasaban, de aquellos trenes que subían de posición en posición, vió correr las divisiones, las brigadas y los regimientos....

Entonces dió un pequeño grito de angustia y entusiasmo al mismo tiempo.

Acababa de leer el nombre de cazadores de Alcántara marchando á la carrera sobre el enemigo.

En aquel batallón de cazadores iba Rafael, allí estaba Rafael. ¡Oh! en aquel momento terrible, ¿quién sabe si el pensamiento de su

amante la había invocado como hacían los paladines antiguos en medio de la batalla?

Ana, más dominada, más poseída por aquel gran cuadro, siguió devorando más bien que leyendo el parte de la batalla, hasta que acabó con la victoria de los españoles y completa derrota de los infieles.

Entonces otro epigrafe se puso delante de sus ojos.

Aquel epigrafe tenía algo de fúnebre y terrible.

Era la *Relación de los muertos y heridos durante el combate*.

Esta relación estaba especificada por cuerpos.

Los ojos de Ana volaron sobre la larga lista que tenía delante.

De pronto leyó....

Batallón de cazadores de Alcántara.

TENIENTE: DON RAFAEL ALVAREZ, MUERTO.

Ana dió un grito, un grito espantoso, y cayó desmayada allí mismo donde cuatro años antes había jurado un amor eterno.

Y vease cómo la *Gaceta*, papel inofensivo é inocente, acababa de matar la última esperanza del destrozado corazón de Ana.

(Se continuará.)

COSAS DEL MUNDO.

SONETO.

Escucha una verdad y no te asombre,
Caro lector, del mundo la falsía.

Un hombre que trabaja noche y día,

Y es honrado y leal, recibe el nombre,

Por el vulgo traidor, de *pobre-hombre*.

Y el que en vicios sumido y en la orgía

A la virtud y al orden desafía,

A los ojos del mundo es un *prohombre*.

El primero, que vive produciendo,

Y el bien y la riqueza fomentando,

Vale menos que aquel que derrochando

Viene de la moral escarnio siendo.

Y el mundo rinde párias al segundo!

¡Llamos sin cesar: ¡cosas del mundo!

F. FLORES Y GARCÍA.

EL REFUGIO.

En Londres, en el corazón del rico y poderoso barrio de Westminster, donde está el palacio, la abadía, los tribunales y las Cámaras donde se elabora la legislación inglesa, casi á los pies de las torres que dominan la orgullosa metrópoli, hay un grupo de casas hediondas, surcado de estrechas y sombrías callejuelas, conocido con el nombre de *Sitio del Diablo*. Allí yacen las heces de una población de dos millones de almas, y en medio de esa podredumbre humana haído á elegir su domicilio la piadosa é infatigable caridad.

En la calle de Santa Ana, encima de la puerta de una casa un poco más grande y menos desmantelada que las que la rodean, se leen en gruesos caracteres: *Dormitorio para los pobres; escuela de industria preparatoria para las colonias; refugio abierto para los jóvenes que quieran enmendarse*.

Para ser admitido hay que tener al menos diez y seis años, porque hasta esa edad pueden entrar en las casas de beneficencia. El Refugio se halla destinado principalmente á los vagabundos y ladrones de diez y seis á veinte años que desean abandonar su género de vida, y entregarse en lo sucesivo á honradas y laboriosas tareas.

Como el bien engendra siempre el bien, esta excelente institución es hija de otra, también muy fecunda en buenos resultados, la escuela de proletarios, fundada en Rye-Street, accesible también á los que se presentan en ella.

El maestro de esta última escuela, sorpren-

dido un día de la insistencia de un joven vagabundo de diez y seis años que mostraba un ardiente deseo de corregirse, le animó para que asistiese con asiduidad á las clases.

—¿Y de qué me servirá el ir á la escuela por el día si por las noches tengo que andar por las calles robando para vivir, como hago ahora,—respondió llorando el pobre muchacho.

El obstáculo era, en efecto, grave. Conmovido con aquel acento de sinceridad, el maestro se resolvió á intentar una experiencia decisiva, y le dió un cuarto para vivir y pan para que comiera.

Durante cuatro meses, el joven vivió dichoso y contento sometido á este pobre régimen. Aprendió á leer, escribir y contar; algunas personas caritativas le pagaron su viaje á Australia, donde se ha portado perfectamente, dando pruebas de probidad y de inteligencia.

Este primer resultado fué á la vez una recompensa y un impulso para sus generosos protectores, que á la vista de aquel ejemplo decidieron la fundación del Refugio, en donde no se admite sino á aquellos que confiesan ser vagabundos y ladrones, y que declaran querer someterse al régimen de disciplina de la casa. A pesar de estas cláusulas, que parece debieran alejar á los pretendientes, se han hecho ya más de doscientas solicitudes despues de dos años que la institución existe.

A fin de precaverse contra la mala fe y contra la pureza, hacen sufrir á todo el que entra una dura prueba preparatoria. En los tejados de la casa hay un cuartito sin más muebles que un jergón y una grosera manta; una pobre familia que vivía en él antes de que la casa hubiese recibido su destino actual, fué diezmada en 1849 por el cólera que hizo infinitas víctimas en el barrio de Westminster. Allí entra todo el que llega, y allí permanece durante quince días á pan y agua, solo, consigo mismo, menos cuando va á las clases, á las que asiste en un sitio aparte, estándole severamente prohibido el sentarse jamás con los internos.

Este noviciado es la piedra de toque de un arrepentimiento sincero. Muchos retroceden ante la prueba, y otros la sufren con paciencia un día ó dos, al cabo de los cuales se retiran, porque habiendo entrado en la casa voluntariamente nadie les obliga á permanecer, y pueden á la hora que quieran salirse de ella. Los hay que persisten toda una semana; pero sólo los que perseveran hasta el fin son juzgados y dignos de quedarse en la institución.

Entonces les dan vestidos decentes, porque casi todos llegan cubiertos de harapos; los sacan de su celda y gozan de los mismos privilegios de los internos. Levantados al rayar el día, su primera ocupación es la de limpiar la casa de arriba abajo; en seguida almuerzan con pan y cacao y luego entran en clase. Hay dos cursos, uno para los principiantes y otro para los más adelantados, en donde los enseñan las doctrinas fundamentales de la religión, la lectura, la escritura, el cálculo y la geografía, particularmente la de las colonias.

El maestro ejerce una intervención general en todo el establecimiento. La clase superior es dirigida por uno de los jóvenes reformados, de los primeros que entraron en el Refugio, y que muestra una rara aptitud para la enseñanza. La clase inferior está dirigida por un pasante.

Curioso é interesante es el espectáculo que presenta esa reunión de jóvenes, salidos voluntariamente de las sentinas del vicio, y trabajando de buena fe para regenerarse. Aunque vestidos de diferente modo, con trajes dados por los bienhechores de la institución, todos están muy limpios, porque los reglamentos de la casa les obligan á lavarse muy á menudo. En ciertos rostros se halla aún la expresión brutal que tenían al entrar allí. Hay muchas fisonomías en que predomina

la astucia, contrada por hábitos antiguos. En su aire inteligente y despierto se conoce fácilmente á los primeros internos, humanizados ya por el estudio, el orden y el régimen interior de la casa: generalmente hablando, todos aprenden pronto y bien.

Comen en el intervalo que separa las clases de la mañana de las de la tarde; comen carne tres veces á la semana, y los otros días pan y cortezas de tocino. Despues de la cena pasan una hora ó dos en la escuela preparatoria, especie de taller, en donde aprenden los oficios de sastre y zapatero.

Si un discípulo prefiere aprender la carpintería ó la ebanistería, se le proporcionan los medios para ello.

Se acuestan en el suelo en camas separadas, y cuando la casa está llena de alumnos, las clases se transforman por la noche en dormitorios.

Todos están obligados á asistir el domingo á los Oficios, cada cual segun su rito, y pueden salir por grupos durante el día.

Cada compañía lleva á la cabeza el de mejor conducta del grupo.

Antes de salir les señalan el tiempo que deben estar fuera, estándoles prohibido pasar por los barrios mal habitados donde acostumbraban pasar su vida en otro tiempo.

El maestro pone un particular cuidado en irles despojando poco á poco de sus antiguos hábitos, y en inspirarles el deseo de vivir honradamente para ser útiles á la sociedad que les tiende la mano.

Antes de emigrar deben pasar seis meses en el Refugio por lo menos.

Muestran mucha impaciencia en partir para las colonias, y todos sin excepción se estremecen con la idea de recurrir á sus antiguos medios de existencia.

Ya se han enviado á Australia unos treinta, y el comité que dirige el establecimiento se propone reunir bastantes fondos para poder sostener por término medio cuarenta internos y una emigración anual de veinte reformados.

Los rasgos característicos de esta institución son la idea misericordiosa que la ha hecho nacer, su influencia previsora sobre los delitos, la prudente economía que preside á todos los detalles, y por último, la completa libertad que tienen los aspirantes.

He aquí dos cortos extractos, pero concluyentes, sacados uno de ellos del Refugio ingles, y el otro de la escuela de pobres de Rye-Street:

«John, diez y seis años.

«Admitido el 3 de Junio de 1848.

«Dormía hace cuatro meses bajo los arcos de West-Street.

«Desde la edad de once años habia vivido sólo del robo.

«Dos veces en la cárcel.

«La cantidad mayor que habia robado de una vez habia sido soberano y medio.

«Sabia leer cuando fué admitido.

«Aprendió á escribir y contar.

«Permaneció ocho meses en el Refugio.

«Buena conducta.

«Salió para Australia, donde trabaja y se porta bien.»

«Un joven de catorce años, instruido en la escuela de los pobres, fué enviado á Australia.

«Había sido muy mal educado; su madre le enviaba desde que era pequeño á robar ó á pedir limosna.

«Un año despues que se marchó su hijo, esta mujer, sumergida en la mayor miseria y en visperas de ser echada de su mala vivienda porque no podia pagarla, se presentó en casa del misionero del distrito para consultar con él lo que debia hacer.

«El consejo que le dió fué que pagara, y para ello le dió un soberano, que la pobre mujer tomó titubeando, y con lo cual dió al casero lo que le debia, que importaba catorce chelines, volviendo despues á traer el resto, dándole un millon de gracias.

«El misionero le dijo que se quedara con ello, en atención á que la moneda entera le pertenecía; en efecto, por un acaso de la Providencia, su hijo se la habia enviado aquella misma mañana con una carta que le leyó el misionero.

«La mujer al punto se quedó estupefacta, y por fin se dejó caer sobre una silla desahuciándose en lágrimas.

«El contraste de su conducta con la de su hijo la llenó de vergüenza y remordimiento.

«En otro tiempo habia sido buena obrera; se puso á trabajar inmediatamente, y en el día se está preparando para ir á reunirse con su hijo.»

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

El gobierno, indeciso, vacilante y como temeroso ante la conmoción producida por el ya célebre convenio de Amorevieta, no aceptó la responsabilidad desde luego, y dijo que antes de fallar queria tener á la vista todos los antecedentes.

Desde el primer momento se nos ocurrió hacernos esta pregunta: ¿Estaba el convenio dentro de las facultades del duque de la Torre? Si lo estaba, debió aceptarlo desde luego el gobierno; y si el general en jefe se habia excedido, debió ser desaprobado, pues no era posible que razon alguna justificase un exceso de tal naturaleza, ni ninguna clase de antecedentes bastaban para aprobar y defender lo que era ilegal.

El duque de la Torre estaba además nombrado presidente del Consejo de ministros, y esta doble circunstancia era un motivo más de conflicto grave para sus compañeros de Gabinete, porque claro es que al desaprobador el convenio de Amorevieta daban un voto de censura contra su propio jefe.

Tampoco comprendíamos qué clase de antecedentes podia presentar el general Serrano, pues todo lo más que debia esperarse era una explicación, interpretando y apreciando en su valor legal y sus consecuencias los artículos del convenio.

Semejante apreciación pudo desde el primer instante hacerla el gobierno, y así hubiera evitado que le echasen en cara falta de valor para defender al que era al mismo tiempo general en jefe y presidente del Consejo de ministros.

Para salir del apuro se envió á las Provincias Vascongadas al general Echagüe, pudiendo así el duque de la Torre dejar el mando del ejército sin que se le admitiese la dimisión.

Llegó el momento tan temido y anhelado por unos y por otros, y el duque de la Torre se presentó para responder de sus actos.

Preciso es reconocer que su conciencia estaba tranquila, pues si habia cometido un error habia procedido de buena fe; pero esto no puede justificar el convenio de Amorevieta, que nos parece más grave y más trascendental despues de haber oido las explicaciones del general Serrano.

Decía éste en el Congreso, que le sobraban medios para acabar con la insurrección en quince días, pero que hubiera sido menester que corriese mucha sangre y que sufriesen mucho nuestros valientes soldados.

Nunca nos hemos hecho la ilusión de que sin derramamiento de sangre podia dominarse la rebelión carlista; sabíamos muy bien que nuestros soldados tenían que batirse con enemigos muy valerosos, puesto que eran

españoles lo mismo que ellos; pero el sacrificio era forzoso y conveniente bajo el punto de vista de las consecuencias.

Escañados los carlistas, debían convencerse de que sus esfuerzos serían completamente inútiles y meditarían mucho antes de tomar otra vez las armas, puesto que ya no podía quedarles duda de la inferioridad de sus fuerzas; pero sucederá lo mismo después del convenio de Amorevieta?

Lo dudamos.

Los carlistas han visto que, á pesar de los grandes medios con que contaban sus adversarios, han podido tratar con éstos de potencia á potencia, y que han valido bastante para que se les conceda cuanto podían desear.

¿Por qué no han de lanzarse á una nueva rebelión, si saben ya que aún después de vencidos pueden volver tranquilamente á sus casas?

Conceder espontáneamente un indulto es prueba de clemencia; pero conferenciar y discutir con el delincuente es hacer un convenio y reconocerle, aunque sea implícitamente, derechos que no tiene ni puede tener.

Nos parece que la clemencia hubiera sido más conveniente después del triunfo.

En cuanto á las exacciones para el abono de los gastos de guerra, es una cuestión de mucha importancia, por más que al duque de la Torre le parezca muy sencilla.

Dice éste que no quita ni pone leyes, que deja hacer y nada prejuzga, y sin embargo acepta el principio de que las Provincias pueden emplear una parte de los fondos públicos en los gastos de la sublevación.

No sabemos hasta qué punto puede admitirse esta teoría, por más que el general Serrano diga que no entiende de fueros, como otro general ilustre dijo que no entendía de leyes.

Consignamos las observaciones que se nos ocurren, pero nada más, porque no podemos hacer otra cosa si hemos de cumplir nuestro propósito de alejarnos de las pasiones políticas.

Dice el refrán que no hay mal que por bien no venga; y si ha sido un mal el convenio de Amorevieta, producirá el beneficio de que se indulte al general Viñalet, al comandante Navarrete y á otros, y de que se deje sin castigo y en paz al reincente cura de Alcabon y demás cabecillas, si se consigue apoderarse de ellos; pues no se comprende que en justicia pueda fusilarse al general Viñalet, mientras se indulta y se protege á los que han vertido sangre en las Provincias Vascongadas.

Queremos ser eco de la opinión pública y no de la nuestra, y debemos decir la verdad. Podrá haber sido muy acertada la conducta del general Serrano, pero el efecto que ha producido no puede ser peor.

¿Y hemos conseguido mucho?

Algunos batallones facciosos han entregado las armas; pero facciosos hay todavía en las provincias del Norte, en Cataluña y en las dos Castillas.

¿No estamos en plena insurrección?

Nos parece que sí, y por consiguiente no ha dado bastante fruto el sacrificio hecho en Amorevieta.

Nuestro corresponsal nos habla extensamente del convenio. Quizá escribe bajo la impresión de lo que ha visto en el pueblo de Bilbao, pueblo que es acreedor á la gratitud del gran partido liberal.

No insertamos íntegra la carta de nuestro corresponsal, y para esta reserva tenemos razones que se adivinan fácilmente. No somos de los que se complacen en añadir leña al fuego.

He aquí algunos párrafos de dicha carta:

«Muy señor mío: Bilbao presenta un aspecto triste y desconsolador. No hay mirada que no aparezca sombría; no se ven más que semblantes taciturnos; no se oyen más que frases de amargura, de desaliento ó de ira.

No es menester más que atravesar las ca-

lles para comprender que una gran desgracia pesa sobre este noble pueblo.

¿Qué sucede?

Todos conocen el convenio firmado por el duque de la Torre y los carlistas en Amorevieta.

A los más rudos no se les oculta la gravedad de este suceso, y los que no saben explicarse de otra manera, dicen con una sencillez la más elocuente: «¿Y para esto tantos sacrificios?»

Otros ven una gran diferencia entre los hechos y lo consignado en el discurso de la corona, y algunos examinan las operaciones del ejército y encuentran mucho que desear.

Si los que han permanecido fieles al gobierno quedan lo mismo que los rebeldes, ¿para qué arriesgar nada en ciertos momentos?

Preciso es haber vivido en las Provincias Vascongadas para comprender todo el mérito que tienen las pruebas de amor á la libertad que ha dado esta población.

Lo diré con la franqueza que me caracteriza: el convenio de Amorevieta es el reconocimiento implícito del derecho de insurrección.

Los que proclaman este derecho incondicionalmente no tienen nada que desear, y deben estar muy agradecidos al general Serrano.

¿Quién había de decirles que precisamente los que se precian de conservadores en política habían de darles la razón?

El municipio, fiel representante de los intereses y aspiraciones del pueblo, ha presentado su dimisión.

Muchos liberales quisieron reunirse para protestar solemnemente; pero no se les permitió que lo hiciesen cuando y como querían hacerlo, porque se temió que la protesta produjese un conflicto, quizá mucho más grave que la insurrección carlista.

¿Qué importa que se ahoguen las manifestaciones de tan nobles impulsos?

La opinión de todos es la misma, y en todos queda un recuerdo que difícilmente se borrará.

Los carlistas no han cedido ni aún en lo que toca á su amor propio, pues públicamente han consignado que dejan las armas porque se ven abandonados de su jefe, porque no se les han cumplido las promesas que se les hicieron, y porque se les acaban los recursos para sostener la sublevación, pues en algunas ocasiones han tenido que esquivar el combate ó terminarlo con una retirada por falta de municiones.

Bien claro dicen en el manifiesto, que ustedes deben ya conocer, que sobre faltarles lo más preciso no abriga esperanza de obtenerlo, y con más ó menos disimulo acusan al que llaman su rey.

¿Es esto darse por vencidos? ¿Es reconocer la legitimidad del gobierno constituido? ¿Significa arrepentimiento semejante conducta?

Quiere decir que no se entregarían si no se viesan huérfanos de jefes experimentados, sin dinero y sin municiones, y que el día que tengan todo esto probarán nuevamente fortuna.

Y á pesar de encontrarse en situación tan crítica, se les permite discutir, aceptar unas condiciones, imponer otras y arreglarlo todo á su gusto.

¿Se desprende otra cosa del manifiesto firmado en Orozco por la diputación á guerra?

En este documento se dice que la insurrección es legítima, si bien no puede alcanzar otro resultado que el testimonio de admiración que rinde la patria á los rebeldes.

Se dice en el manifiesto: «Treinta días llevamos de campaña, y ni una palabra, ni un recuerdo hemos merecido de los que nos lanzaron á la lucha.»

Esto es una acusación terrible contra el Pretendiente, pero nada más.

Pues si ellos confiesan que les es absolutamente imposible sostenerse, no sé por qué no se les obliga á rendirse sin condiciones, lo

cual no sería un inconveniente para que la clemencia perdonase después.

El partido carlista ha ganado tanta fuerza moral como ha perdido el gobierno, y si ellos estaban desengañados, no lo han quedado menos los liberales de esta población.

¿A quien se pedirán aquí sacrificios ahora para combatir al partido carlista?

No me parece que haya quien esté dispuesto á sufrir la más leve molestia, pues dicen que de todas maneras el resultado ha de ser el mismo.

Todas las consideraciones y miramientos han sido para los sublevados, mientras que esta invicta y liberal población no ha merecido distinción alguna del duque de la Torre.

En política no hay mayor torpeza que herir la susceptibilidad de los pueblos, y esta verdad no la ha tenido presente el general Serrano.

Los carlistas desaparecerán por completo; pero esto no será debido al convenio de Amorevieta.

Los mismos datos oficiales lo prueban así.

Vease el número de los facciosos que se han sometido, y cuántos permanecen con las armas en las manos y dispuestos á la lucha.

¿Se ha evitado así el derramamiento de sangre?

Dentro de pocos días lo veremos.

En cuanto á don Carlos, nada nuevo puedo decir.

Sigo creyendo que se encuentra fuera de España y que se oculta avergonzado.

Hasta con sus mismos partidarios ha perdido el prestigio.

De ningún hecho de armas puedo dar noticias.

Queda de usted afectísimo s. s. q. b. s. m.—

G. Ponte y Gámez.

Bilbao 1.º de Junio de 1872.

Muchos párrafos hemos suprimido de la anterior carta; pero fácilmente se adivinan por los demás.

Todavía no hay datos para fijar con exactitud el número de facciosos que se han acogido á indulto; pero ello es que respetables partidas facciosas quedan en las Provincias Vascongadas y en Navarra, y que por consiguiente la insurrección no ha concluido.

El convenio de Amorevieta ha sido ocasión de graves sucesos políticos; pero sobre este punto no podemos decir una palabra.

A Navarra se ha dirigido el general en jefe del ejército del Norte, y la brigada Primo de Rivera persigue á la facción Carasa. Este movimiento combinado lo observa el capitán general del distrito desde Santa Cruz de Campezu.

Al mismo tiempo, el incansable general Moriones se encaminaba á las Amezcuas en persecución también de la facción Carasa.

La capitaneada por Careaga se ha presentado á indulto, excepto el cabecilla y demás jefes; pero con semejante resistencia no han conseguido sino agravar su situación, porque después han caído prisioneros y han sido ya conducidos á Vitoria.

En este punto se encuentran también otros cincuenta y tres prisioneros hechos por el batallón cazadores de Barbastro.

Elorza, compañero de Careaga, está gravemente herido.

Entre los demás jefes de dicha partida se encuentran los curas de Paganos y Loño.

El segundo cabo de aquel distrito dice que la facción Velasco se hallaba cerca de Orduña. La persigue en su movimiento combinado la brigada Tello y el batallón de Barbastro.

Al mismo tiempo se dirige hacia el indicado punto la brigada Zorrilla.

Todas estas combinaciones nos parecen bien meditadas, y creemos que han de producir el mejor resultado, pues los facciosos tendrán forzosamente que aceptar el combate ó entregarse á discreción.

Cuevillas con su gente y la de Velasco fué vista por los carabineros que habian salido de Bilbao para proteger los trabajos de recomposicion del ferro-carril.

De Cataluña son tambien escasas las noticias, pues lo único que ha ocurrido es el encuentro entre la columna que manda el teniente coronel Muñoz y el cabezalla Castells. El combate tuvo lugar en las inmediaciones de Sara y costó á los rebeldes cinco muertos y varios heridos.

En el distrito de Búrgos se han presentado acogiéndose á indulto veintidos facciosos.

La partida mandada por Paes, y que vagaba en la provincia de Oviedo, ha sido batida y dispersada en los montes de Valdetañes por los cazadores de Reus. Se les han cogido algunos prisioneros y armas, y ántes de que pudiera rehacerse fué alcanzada por la guardia civil, experimentando nuevas pérdidas.

Aún no se sabe con seguridad el número de heridos.

Otra partida se ha levantado en la provincia de Cádiz. Se supone que es republicana. Se ha dirigido hacia Málaga, y de Ronda han salido fuerzas en su persecucion. Segun los partes recibidos por el gobierno, esta partida tiene poca importancia.

La guardia civil, mandada por el teniente don Ezequiel Fernandez, ha conseguido en la provincia de Ciudad-Real dar alcance á una faccion, cogiéndole tres prisioneros, dos caballos y algunas armas. Los facciosos dejaron un cadáver sobre el campo de la lucha.

Tres individuos de la partida Bermudez se han presentado á indulto en Fuente el Fresno.

Como se ve, donde la insurreccion sigue teniendo importancia es en las Provincias Vascongadas y Navarra; pero las partidas que aún se sostienen, sobre carecer de recursos, empiezan á perder la fuerza moral y á desalentarse, á consecuencia de las presentaciones á indulto de sus compañeros y del abandono en que se dice los tiene don Carlos.

Este tal vez considera ya perdida su causa. ó por lo ménos se ha convencido de que la ocasion no es todavía oportuna. Si así no fuese no se comprendería su proceder.

Repetimos que el nuevo plan de persecucion y ataque nos parece acertado, y abrigamos la esperanza de que en pocos dias la tranquilidad recobre su imperio en las provincias del Norte.

El cabezalla Rada ha publicado un folleto rechazando las acusaciones que los suyos le habian dirigido, y acusando á su vez á algunos de los hombres más importantes que rodean á don Carlos.

En un breve plazo se esperan noticias de encuentros importantes.

El duque de la Torre ha tomado ya posesion de los cargos de presidente del Consejo de ministros y ministro de la guerra, y por consiguiente el general Echague seguirá al frente del ejército del Norte.

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTIN,

FOR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuacion.)

—En efecto,—dijo José,—ningun derecho tenemos á conocerlas, y usted hace bien en callar sus nombres. En cuanto á nosotros, poco nos importa. ¿Qué precio pone usted á este favor?

—Todavía no puedo tasarle, pues ignoro lo que de mí solicitan.

—Dos cédulas de vecindad.

—¿Una para cada uno?

—Sí señor.

—Vamos, entonces la cosa no será tan

cara. Yo creí que serian otra clase de documentos.

—¿Cómo otra?

—Sí, pero yo me entiendo. Al grano pues. Cada cédula costará á ustedes treinta reales de vellón, ó como se dice ahora, tres escudos.

—Conformes en cuanto al precio.

—Pues si en cuanto al precio hay conformidad, en lo demás me parece que no puede haber duda ninguna.

—Es que queremos las cédulas á nombres determinados.

—No importa.

—La una para Francisco García Fernandez, y la otra para José Reyes Palacios.

El desconocido metió la mano en el bolsillo interior de su raída chaqueta, y sacó un pedazo de papel sucio y arrugado y un pedazo de lápiz.

—¿Conque Francisco García Fernandez?—prosiguió anotando este nombre en el papel.—¿Y José Reyes Palacios?

—Sí señor.

—¿Jornaleros?

—Sí señor.

—Bueno.

—¿Y cuándo podremos disponer de ellas?

—Dentro de un par de horas.

Los dos hermanos se miraron satisfechos. No habian creido encontrar tanta facilidad en todo aquello.

—Y bien,—dijo José,—¿el pago se hace ahora mismo ó luego?

—Luego,—repuso el hombre,—yo no acostumbro á cobrar hasta que el servicio está hecho.

—Es usted un hombre de bien,—exclamó Felipe alargando su mano al desconocido.

—¡Bah!—repuso éste encogiéndose de hombros.—Otros hay peores que yo; pero si la justicia pudiera echarme la zarpa, no me soltaría tan pronto.

—¿De veras?—dijo José lanzando una carcajada.

—Ya lo creo. Esto mismo que voy á hacer con ustedes, ¿no es un delito segun el Código?

—En efecto.

—Pues de estos lances ya he tenido algunos; así es que me conocen la mayor parte de los chicos de esta tierra que necesitan dos ó tres *personalidades* para poder ejercer su industria.

Este equívoco, que demostraba el buen humor de aquel bribon, volvió á excitar la hilaridad de los dos hermanos, los cuales, pocos momentos despues, se despidieron del desconocido, quedando en reunirse á las doce del día en el mismo muelle.

XIV

José y Felipe Pardo se metieron en el café de la Fontana á esperar las dos horas que el desconocido les habia dicho que tardaría en reunirse á ellos. Allí pidieron unas copas de ron, y mientras las consumian, Felipe dijo á su hermano con toda la expresion de la alegría más completa:

—¿Sabes, chico, que esto se arregla mejor de lo que yo me figuraba? No pude nos quejarnos de nuestra suerte, porque la verdad yo creía que esos dos papelotes habian de costarnos mucho dinero y mucho más tiempo. Se conoce que *ese tío* lo entiende, y tiene sin duda muy buenas alabas donde agarrarse.

—No confies todavía.

—Hombre, él lo ha dado como cosa segura.

—Sí, pero puede engañarnos.

—¿Cómo engañarnos cuando no se le ha dado el dinero?

—Muy fácilmente, entregándonos unas cédulas que les falte algun requisito, alguna firma ó sello, y con las cuales vayamos más comprometidos que si no lleváramos nada.

—No lo creo, y en todo caso las confrontaremos con otras verdaderas.

—Es verdad, Felipe.

—Y bien, ¿qué piensas hacer, José? ¿Sigues en tu idea de que salgamos de Almayate?

—Mañana mismo si fuera posible.

—¿Al extranjero?

—Por ahora á Portugal. Pero no será tan pronto como te figuras.

—¿Pues qué puede detenernos?

—Los sucesos que preparo.

—¿Que prepares!...

—Ciertamente.

—Pues nada me has dicho.

—Ni nada pensaba decirte hasta que hubiese llegado el momento; pero ya que me has preguntado, es preciso que te dé explicaciones. He resuelto no salir de Almayate sin hacer una que sea sonada (1). Quiero que todos esos bribones, causa de nuestra desgracia, no puedan olvidarnos tan fácilmente; quiero, en fin, tomar una venganza terrible de Dominguez, Muñoz, Urquizar y otros varios, que, como sabes, fueron los que en realidad nos echaron á presidio por lo de Igualada, pues sus declaraciones fueron las que nos perdieron.

—¿Y que clase de venganza preparas?

—Quemarles sus casas y matarlos.

—Pero hombre, eso, además de horrible, es comprometido; piénsalo bien.

—Lo he meditado mucho. Hago diez años que lo estoy pensando.—repuso Jose con acento que revelaba el odio más profundo y la decision más irrevocable.

—Sin embargo, ya que hemos conseguido salir bien de una, no nos metamos en otra.

—En otras ciento me metería yo si fuera preciso para vengarme. Además, yo no he variado de ideas; mientras que tú....

—Yo....

—Sí. En el presidio tambien te halagaba una venganza ruidosa.

—Es verdad; pero ahora, sin que esto sea retroceder, las cosas se han puesto peor: seríamos considerados como reincidentes, y no habria remedio, nos apretarian el pescuezo.

—De seguro, si fuéramos cogidos; pero como no lo seremos....

—¿Y si lo somos?

—Sabremos morir con valor y moriremos vengados.

—Pero es una venganza muy cara.

—Corriente, si tal lo consideras no la compres á ese precio; yo no te obligo á que me acompañes. Basto yo solo para el caso.

—Hombre, e-o no. ... De meterte en ese lio, yo no puedo dejarte; nuestra suerte está ya echada, y lo que sea del uno ha de ser del otro.

—Gracias, Felipe. ¿Es decir que me acompañarás á Almayate?

—Adonde quieras.

—Corriente.... entonces debemos comprar armas para el caso y para la fuga, porque respecto á mí, estoy decidido, Felipe, yo no me dejo coger vivo. Yo no vuelvo á presidio aunque me descuarticen.

—Ni yo tampoco.

—Por manera que debemos salir de Almayate con unos buenos retacos y pistolas, y si llega el caso de ser sorprendidos, nos defendemos hasta morir.

—Soy de tu opinion.

—Pues bien, ¿que tiemblen nuestros enemigos! Creo que les ha llegado su hora.

Felipe Pardo no contestó á estas palabras, pero sus ojos se inyectaron de sangre, y el ménos observador hubiera adivinado por la expresion de su fisonomia en aquel momento, que si terribles y sanguinarios eran los pensamientos de José, no lo eran menos los suyos.

En ciertos caracteres, la idea de una terrible catastrofe halla un eco extraño y misterioso. Les seduce, como á las almas grandes, la narracion ó el recuerdo de las acciones heroicas, y encuentran cierto placer en recrearse en el mal buscando sus manifestaciones más terribles.

Felipe Pardo habia soñado muchas veces, lo mismo que Jose, en la venganza que pen-

(1) Histórico.

saban tomar de los que llamaban sus enemigos; pero Felipe Pardo, más generoso ó menos vengativo, había olvidado casi por completo aquella idea, y sin el recuerdo y la iniciativa de su hermano, tal vez no hubiera vuelto á acordarse de ella. Pero las palabras de José habían reanimado el fuego de su corazón, más bien oculto que apagado, y el pensamiento de venganza que había acariciado, meditado y analizado por tanto tiempo, volvía á surgir en su mente, apoderándose de su razón, como se apodera siempre de esta la pasión que no ha sido contenida.

Ya esclavo del delirio, era imposible que retrocediese, porque Felipe Pardo era, respecto á carácter, tan enérgico como José. Aceptada la idea de su hermano, hubiérase avergonzado de rechazarla, y le hubiese parecido imperdonable, no solamente faltar á ella, sino tratar de convencer á su hermano de que no debían realizarla.

Esta falsa energía, origen de tantos males y cuya causa suele ser casi siempre una educación descuidada y una carencia absoluta de principios religiosos y morales, es siempre compañera de esos crímenes monstruosos, cuya narración parece fabulosa, y que dejan sobre el ánimo la pesadumbre de una lúgubre pesadilla. A esa energía se debe esa cruel y terrible premeditación que espanta, y ese cinismo y desprecio de la vida que ha caracterizado á algunos criminales hasta el momento mismo de entregar su alma á Dios; energía que anatematizamos con toda nuestra alma, y que no dudamos en calificarla de odiosa y criminal.

A esta energía funesta se debió la perpetración de los crímenes que vamos á referir. Ella fué la que arrastró á los dos hermanos Pardo al abismo en que se precipitaron, la que sostuvo y alimentó su criminal pensamiento por espacio de diez ú once años; ella la que les hizo aparecer cínicos y miserables hasta el último momento, más cínicos y más miserables de lo que eran en realidad.

XV

A la hora prefijada, Felipe y José salieron del café, dirigiéndose al muelle, después de haber acabado de concertar el plan que debía vengarlos de sus enemigos.

En el muelle no se encontraba aún el hombre misterioso que debía entregarles las cédulas de vecindad que ya sabemos; pero esto no inquietó á los Pardos, que comenzaron á pasearse, entretenidos en ver cargar y descargar algunos falduchos.

Al cabo de media hora de espera, la fisonomía de José comenzó á revelar un profundo despecho, tanto que Felipe le dijo aproximándose bastante á él:

—Vamos, ya empiezas á impacientarte, y no tienes razón en verdad. Hace media hora que estamos aquí, y media hora se concede á cualquier amigo. No sabemos qué inconvenientes habrá podido encontrar ese hombre, y debemos tener paciencia.

—¿Y si nos engaña?

—No es posible, puesto que no ha recibido el dinero.

—¿Y si nos hace traición?

—¡Traición!

—Cabal. Figúrate que en vez de traer esos papeles nos traiga algunos municipales.

—¿Y qué nos importaría? Hemos hecho algo que merezca castigarse. Lo único que podía comprometernos sería nuestro deseo de adquirir esas cédulas, y esto, con negarlo estábamos fuera del compromiso. Vaya, vaya, veo que discurre mejor que tú.

—No, lo que sucede es que no conoces todavía á los hombres.

—¿Qué disparate! La impaciencia te hace delirar.

—Puede ser, Felipe, pero no estoy tranquilo.

—Pues sósíégate, que no hay motivos para que tengas miedo.

—Es que yo no tengo miedo. Felipe,—exclamó José mirando encolerizado á su hermano y lanzando una interjección que no podemos estampar en el papel: —ya sabes que no soy cobarde, pero sentiría ser preso sin haberme vengado antes de esa canalla que nos ha perseguido.

—Yo también, pero hasta ahora no tenemos motivo para sospechar tal desgracia.

Iba José á contestar á su hermano, cuando vio al hombre desconocido que, atravesando el muelle, se dirigía hacia ellos.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

En una casa de huéspedes de la calle de....

—Señora, la habitación me gusta, y probablemente nos arreglaremos si ha de asistirme usted bien.

—Eso ya lo verá usted.

—Diga usted, señora; ¿hay aquí muchos mosquitos? porque me incomodan extraordinariamente.

—¿Aquí?... No señor, no se ve uno, porque todos los que hay se los comen las cucarachas que no mueren á manos de los ratones.

—¿Qué hermoso niño tiene usted, señora! ¿Cuántos años tiene?

—Cuatro, no cumplidos.

—Ven acá, hermoso, dame un beso y dime qué quieres ser.

—Yo... ¡Capitán de ladrones!

¡Angelito!

Recriminó una vez doña Isabel la Católica á su cronista Hernando del Pulgar, porque refiriendo en su historia cierta acción sólo la ponía en nombre de su marido, habiendo, según ella, contribuido á ejecutarla ambos. Pidió poco después la reina á la princesa Juana, y Hernando del Pulgar escribió lo siguiente: «En tal día y á tal hora parieron sus majestades».

Nuestras damas verían con celos, si estuviesen en China, los preparativos que se hacen para las bodas del emperador, aunque no se conformarían como la futura emperatriz con que ésta tuviera tres suplentes imperiales. Las fábricas de sedas, encajes, cachemires y demás de Pekín, Nankín y Canton no dejan de trabajar, costando tres millones de duros los regalos del celeste emperador, que se titula el Sol, á su prometida la Luna. Al propio tiempo se construye el palanquín ornado de perlas en que irá la novia, y el carro de marfil, tirado por elefantes, que conducirá al soberano.

El origen de la frase «Ahí me las den todas» es el siguiente:

Había una vez un tramposo que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con intención de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada. Volvió al juzgado y le dijo al juez:

—Señor, cuando voy á notificar algo de parte de usía, á quién represento?

—A mí,—contestó el juez.

—Pues señor,—prosiguió el alguacil señalando su carrillo.—á esta cara de usía le han dado una bofetada.

—Ahí me las den todas,—repuso el juez.

Sorprendido un estudiante por la llegada de su padre, envió á la criada de la casa donde paraba á casa de una chica á quien había dado una cita.

—Discúlpame, Juana, y cuando vuelvas, si me encuentras con mi padre, habla como si vinieses de casa de unos amigos.

La fámula se fué, volviendo á la media hora, cuando el padre acababa de abrazar á su hijo.

—Vamos,—le preguntó el estudiante,—¿has hallado á mi amigo?

—Sí señor,—respondió Juana.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que iba á pasar la noche á la tertulia de....

—¿Y qué hacía cuando tú llegaste?

—Se estaba poniendo la mantilla.

—¿Por quién lleva usted luto, señora?

—Por un pariente lejano.

—¿Primo ó tío?...

—No señor, mi marido.

—¿Y llama usted pariente lejano á su marido?

—Sí señor, estaba en Filipinas.

Un caballero pide café, y no bien lo ha tomado llama al mozo, al que le entrega cuatro piezas decimales.

—Señorito,—dice el mozo,—aquí faltan cuatro cuartos.

—¿Cuatro cuartos?—pregunta el caballero.

—Sí señor.

—Pues guárdatelos de propina.

Salieron á robar á un valenton, el cual entabló con los cacos el siguiente diálogo:

—¿Robarme á mí!

—Sí, á ti.

—Pero ustedes saben que llevo dos pistolas?

—Corriente, vengan las pistolas también. (Pausa.)

—Bueno, ahí van; pero tengan ustedes cuidado, porque están cargadas hasta la boca.

Regalaron á un gitano un queso de bola que se halló trasconejado en cierta despensa. Nuestro hombre se puso tan contento creyendo sacar aquel día el vientre de mal año; pero una vez llegado á su casa, y después de haber mostrado el queso á su numerosa prole, fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo para partirlo. Ya desesperaba de poder conseguir su objeto, cuando se desató una fuerte tormenta en que los relámpagos y truenos se sucedían casi sin interrupción. Asaltado entónces el gitano por una idea feliz, gritó á su costilla:

—¡Curra, abre esa ventana!

—¿Pa qué, hombre?

—¿Pa qué ha é se! Pa vé si entra un rayo y parte á este arrastrao.

Cornolia, la celebrada hija de Sci- pion, fue un día á visitar á una de sus amigas que gozaba fama de alegre, loca y casquivana.

Desando ésta herir el amor propio de su amiga la enseñó todas sus alhajas, que eran de inmenso valor.

—Si tienes la bondad de ir á mi casa te enseñaré otras mucho mejores.

Llena de curiosidad fue su amiga á devolverla la visita. Cornolia la presentó sus doce hijos diciéndola:

—Mira, estas son las preciosas alhajas que me ha regalado mi marido.

Una escena en un teatro casero.

La dama.—Al extremo de esa galería divisó una luz que viene con un hombre en la mano; sí, él es, pálido está.

El galán.—Muerto; soy mi rival, llega.

La dama.—El es: le reconozco, es el vivo difunto del padre de su retrato.

El barba (entrando).—De rodillas pedid que sus perdone.

El galán.—Tu perdon ni apetezgo ni merezgo eres, sí, mi rival, bien lo conozco.

Cae el telón.

—¿Qué hora tiene usted?

—Las seis y diez minutos.

—Va usted adelantado.

—Imposible. Este es un kilómetro de Losada.



Recepcion del 30 de Mayo de 1872 con motivo del cumpleaños de D. Amadeo I, rey de España.

En el combate de Lannoi, un soldado que perdió en medio de la accion una pierna de resultas de un balazo, fué trasportado al hospital. Habiendo á poco tiempo venido su general á visitar los heridos, le preguntó éste si los austriacos habian evacuado á Lannoi; y contestándole afirmativamente, dió un grito de alegría, exclamando de este modo:

—Ya no siento mi pierna.

Miss Elena K.... ha hecho circular una hoja por Nueva-Orleans, concebida en estos términos:

Doy un mes de plazo á mi seductor, cuyo paradero ignoro, para que me cumpla su palabra casándose conmigo.

Si cumplido el mes no se ha presentado, emplearé cuanto poseo en realizar mi venganza, y despues de satisfecha me suicidaré.—Elena K.... la de los dos lunares.

¡Qué angelical criatura la de los dos lunares!

Los periódicos de Richmond nos refieren un verdadero drama trágico. Miss Enriqueta Lass, muy conocida por su belleza en los salones de París y Londres, de un viaje con su familia por Europa habia vuelto á su patria para casarse con un joven oficial de artilleria, su prometido. A la ceremonia nupcial sigue un baile, durante el cual la bella desposada sorprende una mirada y una cita de su esposo con Fany Storclite, una de sus mejores amigas, á quien el oficial amaba desde la ausencia de su prometida.

La esposa ofendida conserva su serenidad, y al retirarse á sus habitaciones coge un revolver, y vestida de hombre, traje que ha llevado muchas veces durante sus excursiones por Suiza, va al parque que rodea la casa

y que es el sitio de la cita. Oculta detras de un árbol, asiste á aquella conferencia de amor, y cuando suena el primer beso, el tiro del revolver responde al desleal, y su rival cae muerta. A los gritos, ella misma se presenta, diciendo que es el asesino. El oficial quiere hablarla, pero su conmocion es tan espantosa y rápida, que la lengua se le ata, y pocas horas despues los médicos atestiguan que ha perdido el juicio.

Enriqueta Lass se ha vengado mejor que el conde Dubourg en París.

Un domador americano, José Wihttle, ha pagado con su vida el extraño placer que experimenta el vulgo estúpido con el espectáculo de un hombre que lucha con animales feroces, aun á riesgo de ser despedazado por ellos.

El infeliz domador, en una representacion que daba en la sala O-Buein, de Nueva-York, ha salido atarazado cuellmente de las garras de un leon furioso; cuando pudo ser retirado de la jaula, á costa de mucha astucia y no escasos esfuerzos, pues la fiera se cebaba insensatamente y parecia complacerse en desgarrar el cuerpo del pobre Wihttle, éste respiraba todavia; mas *Le Courier des Etats-Unis* del 23 de Abril último dice que el herido ha fallecido en medio de cruel agonía.

No hace mucho tiempo que un embajador asiático hizo una visita á Europa.

Traia en el brazo izquierdo un enorme brazalete de brillantes valuado en muchos millones.

En el centro del brazalete se divisaba un retrato: era el de su tío, á quien él, siguiendo la costumbre de su pais, habia dado muerte por ser ya muy viejo.

Como buen sobrino y pladoso heredero, podia de este modo contemplar á todas horas sus facciones queridas.

Quando le preguntaba alguno:

—¿Quién es el noble anciano cuyo retrato leva usted en el brazalete?

—Mi pobre tío,—respondia sollozando; y luego, indicando con los dedos el cuello del tío, añadia con la voz en extremo conmovida:

—¡Por aquí, por aquí le metí el cuchillo!

—¿Cuánto vale una racion de conejo?

—Cinco reales.

—¿Y la salsa?

—Nada.

—Entonces déme usted una racion de salsa, que yo traigo pan.

—¿Es de usted ese perrito?

—Sí, señora.

—Pues acaba de morderme.

—No haga usted caso, otra vez le morderá usted á él.

CHARADA.

Sin H mi primera y mi segunda
la tienes en el templo, en el altar,
y mi tercera, con su eterno curso,
en los mapas de Italia encontrarás.
Mi todo has de buscarlo en la pobreza,
pues es de la pobreza una señal,
y es sucio y feo y compasion inspira,
porque dolores revelando va.

Solucion á la charada del número anterior.

CANDIL.

Editor propietario: JESÚS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproduccion y traduccion en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.